

Conferencias magistrales 2010

dictadas en la sede de la CEPAL



NACIONES UNIDAS

CEPAL

Alicia Bárcena

Secretaría Ejecutiva

Antonio Prado

Secretario Ejecutivo Adjunto

Laura López

Secretaría de la Comisión

Ricardo Pérez

Director de la División
de Documentos y Publicaciones

Publicación de las Naciones Unidas

LC/G. 2493

Copyright © Naciones Unidas, mayo de 2011. Todos los derechos reservados

Impreso en Naciones Unidas, Santiago de Chile

La autorización para reproducir total o parcialmente esta obra debe solicitarse al Secretario de la Junta de Publicaciones, Sede de las Naciones Unidas, Nueva York, N.Y. 10017. Estados Unidos. Los Estados miembros y sus instituciones gubernamentales pueden reproducir esta obra sin autorización previa. Solo se les solicita que mencionen la fuente e informen a las Naciones Unidas de tal reproducción.

Índice

Prólogo

Alicia Bárcena • Secretaria Ejecutiva de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)	5
“El ingreso de Chile a la OCDE: juntos por una economía mundial, limpia, más fuerte y más justa”	
Ángel Gurría • Secretario General de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE)	7
“El sistema interamericano: la gobernabilidad y la democracia”	
José Miguel Insulza • Secretario General de la Organización de los Estados Americanos (OEA)	13
“Desarrollo y globalización: el enfoque de Prebisch en la actualidad”	
Aldo Ferrer • Economista, político y diplomático argentino	25
“Os efeitos da crise internacional na América Latina e as lições do caso para o Brasil”	
Maria da Conceição Tavares • Economista y académica brasileña	39
“Poder, Estado y socialismo en la Bolivia contemporánea”	
Álvaro García Linera • Vicepresidente del Estado Plurinacional de Bolivia	53



Prólogo

La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) es una institución cuya trayectoria se entrelaza con la historia contemporánea de América Latina y el Caribe.

Desde hace más de seis décadas la CEPAL piensa, analiza y propone caminos para el desarrollo de los países de América Latina y el Caribe. En esta perspectiva, periódicamente formula propuestas destinadas a facilitar a los gobiernos de la región la toma de decisiones eficaces y fundadas en los principios del desarrollo.

Con este propósito, la institución reflexiona día a día, analizando los desafíos regionales desde la propia región.

Para enriquecer esa reflexión nos hemos propuesto invitar de manera periódica a diversas personalidades del mundo político y académico para que compartan con nosotros su visión sobre la región y el mundo. Intelectuales de la talla de Fernando Savater, políticos como José Miguel Insulza o Álvaro García Linera, economistas como Aldo Ferrer o Maria Conceição Tavares nos han honrado con su presencia y han aportado a esta casa visiones, interrogantes y desafíos que nos interpelan y alientan a seguir trabajando con dedicación y rigor en pos del desarrollo de nuestros países.

El presente documento contiene la transcripción y la reproducción audiovisual de algunas conferencias destacadas celebradas en la sede de la CEPAL durante el año 2010. Su difusión responde al interés que despiertan los temas tratados y al enfoque particular que han sabido darles nuestros ilustres visitantes a la hora de pensar el desarrollo.

Cuando decimos “pensar el desarrollo”, afirmamos que hay que generar las condiciones de un crecimiento económico alto y sostenido, pero al mismo tiempo y con la misma fuerza, sostenemos que dicho crecimiento

debe ser incluyente y socialmente responsable, a fin de reducir las brechas de desigualdad que aún subyacen de manera preocupante en la región.

La CEPAL entiende el desarrollo como un proceso que se relaciona, en primer lugar, con el bienestar de las personas. Un proceso que se funda en la realización de derechos universales y se traduce en una mayor igualdad de oportunidades y de acceso a bienes públicos como la educación, la salud, el empleo, la vivienda, los servicios básicos, la calidad ambiental y la seguridad social.

Nuestra reflexión solo puede ser fecunda si se inscribe en los acontecimientos que ocurren en el ámbito global. Desde esa perspectiva, es preciso repensar el desarrollo con amplitud de miras, a medida que se construye el nuevo orden económico internacional, con una profunda identidad latinoamericana y caribeña.

Alicia Bárcena

Secretaria Ejecutiva

Comisión Económica para América Latina
y el Caribe (CEPAL)

“El ingreso de Chile a la OCDE: juntos por una economía mundial, limpia, más fuerte y más justa”¹

Ángel Gurría

Secretario General de la Organización de
Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE).

Doña Alicia Bárcena, señores funcionarios de CEPAL, señores embajadores, amigos, funcionarios del gobierno chileno que nos han venido acompañando y que nos han dado hospitalidad con motivo de la entrada de Chile a la OCDE. Es un gran placer estar en la CEPAL y dirigirme a esta audiencia tan distinguida.

Comencemos por las buenas noticias. La recuperación está en marcha, la mayoría de las economías de los países de la OCDE y de los países emergentes están creciendo nuevamente, las condiciones de los mercados financieros se normalizan lentamente, el comercio mundial muestra signos de recuperación. El año pasado la caída de las exportaciones y de las importaciones de América Latina fue de 25%. El comercio se está recuperando lentamente de esta brutal caída. De acuerdo con las últimas perspectivas económicas de la OCDE, el crecimiento real del PIB ha sido positivo en los últimos dos trimestres.

Sin embargo, las cifras de 2009 llaman a la cautela. En los países miembros de la OCDE hubo una contracción del 3,5% durante el presente año. Ello implica una reducción del tamaño de las economías y del

¹ Conferencia magistral dictada en la sede de la CEPAL, en Santiago de Chile, el 11 de enero de 2010.

crecimiento durante 2010. Y aunque 2011 será positivo, las cifras seguirán siendo modestas. Estamos hablando quizás menos de un 2% para 2010 y aproximadamente un 2,5% para 2011. O sea nada como para celebrar.

La coordinación del Presidente Obama, las medidas macroeconómicas y los masivos paquetes de estímulo fiscal ayudaron a evitar las peores consecuencias de la crisis. Paradójicamente, los mercados emergentes como China, India y Brasil, en lugar de ser la fuente del problema, se han convertido en importantes motores del crecimiento y están ayudando a los países de la OCDE a salir del agujero.

Sin embargo, no estamos todavía fuera del peligro. El crecimiento de los países de la OCDE será relativamente modesto por algún tiempo. El sistema financiero internacional sigue padeciendo una falta de confianza, los flujos globales de crédito, comercio, inversión y turismo llevarán un tiempo para recuperarse. Los análisis demuestran que las crisis, sobre todo aquellas tan profundas y rápidas como la que tenemos ahora, son seguidas de menores niveles de producción potencial en muchos países y de un aumento del desempleo estructural.

Las tasas de desempleo siguen en niveles históricos. Esta crisis le ha costado el trabajo a muchas personas. En los países de la OCDE más de 16 millones de empleos han desaparecido solo entre fines de 2007 y fines de 2009, alrededor de 8 millones en Estados Unidos, que aparentemente son los que están más adelantados para salir del agujero. El desempleo en Europa ya alcanzó el 10%.

Otra preocupación es que además los balances fiscales continúan siendo muy negativos —los balances de las personas, los de las compañías, pero sobre todo los balances fiscales de los países— y lo seguirán siendo durante varios años. La deuda bruta podría superar el 100% del PIB promedio del conjunto de países de la OCDE en el año 2011, es decir la deuda acumulada de los países de la OCDE será más grande que su PIB del año. Eso nos da una idea de dónde estamos. El caso de los japoneses es extremo porque están bordeando el 200% de deuda sobre el PIB.

Los responsables de la política fiscal ya están elaborando sus estrategias de salida, indicando a los mercados la forma en que se retirarán las medidas excepcionales y se implementará la llamada consolidación fiscal.

América Latina no ha escapado a la crisis. Los vínculos comerciales, de inversión, de migración y financieros con el resto del mundo son cada vez más fuertes y eso hace a la región sensible a las crisis externas. A pesar

de la mejora en muchos indicadores macroeconómicos, de una mejor y mayor gobernabilidad económica, de sistemas financieros más sólidos y de la buena orientación que les da la CEPAL, se espera una contracción de entre 1,5% y 2%, mejor por cierto que la de hace unos pocos meses.

Podríamos suponer, dado lo avanzado de las cifras del año pasado y que ya estamos en 2010, que a lo mejor estamos en cifras negras pero más vale ser prudentes en el análisis porque en el fondo lo que tuvimos fue una contracción de los doce meses del año 2009.

Sin embargo, los mercados de trabajo han sido duramente afectados por la crisis y las expectativas no están tan claras. Aun cuando en Europa se advierte un escenario levemente positivo en términos de crecimiento económico para el próximo año, en términos de empleo estamos previendo cifras cada vez más negativas. Esto le va a generar a los líderes políticos unos problemas bastante complicados porque es muy difícil cantar victoria cuando los indicadores ya son positivos pero al mismo tiempo está aumentando el ejército de los desempleados. Son datos muy noticiosos, políticamente sensibles y además es la cara humana, trágica de la crisis. El hecho de que se agreguen desempleados todos los días quiere decir que no hay todavía la tracción suficiente para que el crecimiento económico genere más empleos o se dejen de perder.

El caso de Chile no ha sido la excepción. Chile es una economía pequeña y abierta. Se recuperó a partir de mediados de 2009 pero además del crecimiento negativo para el año en curso y el crecimiento de 4% para el año 2010 esperamos que el 2011 pueda mantenerse. Chile, como veremos, ha tenido mejores condiciones porque enfrentó la crisis en mejor situación.

Decíamos que los mercados de trabajo han sido muy afectados. En la India, el 90% del empleo es informal, entonces es muy difícil saber si hay más desempleados o no. No hay seguro de desempleo. No se puede captar una cifra de cuánta gente ha caído en la informalidad porque ya estaba en esa situación. Pero en América Latina sí; la OIT y la CEPAL hablan de una tasa de desempleo que pudiera alcanzar un 8,5% en 2009, pero estamos hablando de un 18,4% de desempleados en la región. Y el problema es que corremos el peligro de que si no hay una recuperación lo suficientemente rápida todo el avance logrado entre 2003 y 2007 —período en que se logró reducir la inflación, aumentar el empleo, en que muchos millones de latinoamericanos encontraron nuevas oportunidades— podría perderse, lo que sería política y socialmente muy grave.

En este contexto, además de enfocarse en la ayuda y apoyo específicos de los más vulnerables, es importante considerar nuevas fuentes de crecimiento para una recuperación sostenible. Si los países de América Latina quieren ser más competitivos, más productivos, claramente tendrán que migrar hacia la manufactura y los servicios aprovechando una capacidad instalada y una capacidad de reserva de talento importante. Al mismo tiempo habrá que considerar el hecho que desde el punto de vista de la competencia ya no somos una región de bajo costo de mano de obra.

El tema de las materias primas y de la dependencia es efectivo. Por ejemplo, México, con la enorme fluctuación de precios del petróleo, Chile con el cobre, y las convenciones público-privadas en materia de energías renovables, de tecnología de la información, de la comunicación, del sector de servicios, todo eso se vuelve muy incierto en la medida en que estamos dependiendo realmente de cosas sobre las cuales no tenemos control. Tenemos que movernos entonces hacia un mayor valor agregado y en ese sentido instituciones como la CEPAL —y ciertamente como la propia OCDE— estamos listas para ayudar a América Latina en sus esfuerzos de diversificación económica y aumento de la productividad.

Tres temas serán motivo de análisis en un informe económico sobre Chile que vamos a presentar el día 20 de enero de este año. Será un análisis económico más de los que ha hecho la OCDE sobre Chile, pero en esta oportunidad con dicho país como miembro.

Los tres temas abordados son a) promover el crecimiento de la productividad mediante la competencia y la innovación; b) fomentar u orientarse hacia nuevas fuentes de crecimiento —y, quisiéramos subrayar, los crecimientos de tipo verde; y c) abordar el problema de la desigualdad de oportunidades a través de sólidas políticas de educación y protección social.

La crisis típicamente golpea a los más pobres, en algunos casos inclusive beneficia a los que tienen más y entonces lo que sucede es que se profundizan las brechas en países que, como México, Brasil y el propio Chile, tienen ya grandes desigualdades.

El modelo de crecimiento económico de las próximas décadas tiene que ser inteligente. Esto implica que tiene que ser un modelo de crecimiento basado en la innovación, elemento clave para abordar los retos de productividad, competitividad y crecimiento a largo plazo. En las últimas décadas las nuevas tecnologías, las nuevas industrias, los nuevos modelos de negocios han impulsado impresionantes avances en la productividad y en el crecimiento en el mundo.

El estudio económico sobre Chile al que me referí y que publicaremos en breve muestra que las reformas para fortalecer la competencia, la capacidad emprendedora y la innovación aportarían sustantivamente hacia una mayor productividad. El emprendimiento podría también fortalecerse mediante la reducción de los trámites para la creación de nuevas empresas y la simplificación de procedimientos como los de bancarota.

En segundo lugar, todo el modelo de crecimiento debe ser más limpio, más verde. Este crecimiento verde requerirá de un cambio de enfoque de la inversión pública y privada. Habrá que orientar los limitados fondos públicos para que tengan el mayor efecto palanca de atraer inversiones privadas para esta nueva generación de inversiones. Trabajaremos con Chile como parte de la elaboración de la estrategia de crecimiento verde (*green growth strategy*) que nos fue encomendada en nuestra reunión ministerial de junio pasado. El año 2010 vamos a entregar la versión final de la estrategia de innovación, daremos un informe de avance sobre crecimiento verde y presentaremos la versión definitiva en 2011. Naturalmente esto es una sucesión porque el tema de crecimiento verde es una especie de subíndice del tema de innovación más general.

Y luego está el tema de la educación, de la protección social. El programa PISA de evaluación escolar a nivel internacional que incluye a 70 países, no sólo los 30 países de la OCDE —ahora 31— muestra que Chile ha mejorado pero todavía no alcanza los estándares de la OCDE en materia educativa, inclusive tomando en cuenta que Chile tiene un nivel de ingreso más bajo. Lo que además muestran los análisis en materia de política educativa es que en Chile —sucede también en otros países— hay una alta dependencia entre los resultados escolares y el contexto socioeconómico de las familias.

Es decir, no parece que estemos creando condiciones para poder salir de la presión o de la inercia negativa que da un mal inicio a nivel socioeconómico para lograr, a través de la educación y de las oportunidades que da la educación, acceder a mejores niveles de vida. Habrá por supuesto excepciones pero como sistema parecería que habría poca capacidad en ese sentido y esto tiene impactos porque la desigualdad de ingresos tiene que ver con el trabajo, tiene que ver con las oportunidades, tiene que ver con la educación, temas todos vinculados entre sí. Hay programas nacionales dedicados a reducir ese tipo de desigualdades. Sin embargo, es uno de los temas que nuestro análisis va a profundizar.

En el largo plazo Chile tendrá que aumentar sus programas públicos en las áreas de educación y protección social y un mayor gasto en educación tendrá que ir acompañado de lo que nosotros llamamos una reforma educativa integral.

Estas son algunas de las cosas que estamos viendo, pero sobre todo lo que queremos es que Chile entre a la OCDE también para compartir sus experiencias en materia de pensiones, de prudencia fiscal, de manejo presupuestario, de ingresos o de ingresos de bonanza, como el cobre y cómo administra esa bonanza. Son muchos los temas en los cuales Chile se ha distinguido y se ha distanciado un poco de los promedios de América Latina y eso fue precisamente motivo para que los países miembros de la OCDE invitaran a Chile a formar parte de la Organización.

Ciertamente creemos que Chile podrá beneficiarse de su participación en la OCDE; tendrá a su disposición las mejores prácticas y la experiencia —buena y mala— de todo lo que pasa en las economías más desarrolladas del mundo, pero también de otros países en desarrollo y regiones donde realizamos una labor muy intensa sin que necesariamente sean miembros de la OCDE.

Pero también queremos que Chile participe activamente en los debates, que los funcionarios y técnicos chilenos, que son de gran calidad, estén activamente debatiendo y contribuyendo para transformar las conclusiones de nuestros análisis en propuestas de mejores prácticas para los miembros de la OCDE y para el mundo entero. Y este es ahora un trabajo en el que ahora Chile participará no solo como observador sino como miembro pleno.

Quiero decirles que no es que Chile haya descubierto hoy la OCDE. En Chile, hace unos 20 años se hablaba de la posibilidad de que este país entrara a la OCDE, pero además Chile era un miembro muy activo en todos nuestros comités, grupos de trabajo, grupos especializados, etc. Yo les decía a los funcionarios chilenos que mientras mayor sea el calibre de los funcionarios que designen para representar a Chile en la OCDE mayor será el beneficio que la OCDE podrá extraer de su participación en la propia organización.

A Chile le seguirán Rusia, Israel y probablemente Estonia y Eslovenia, y tenemos una relación que se llama de “vinculación reforzada con miras a posible membresía” con Brasil, China, India, Indonesia y Sudáfrica. Porque si uno quiere ser un pivote de la globalización, si uno quiere hablar de temas globales no puede hacerlo con autoridad, ni puede plantear soluciones de fondo si estos países no están participando en la ecuación. Así que a Chile, muy bienvenido. A la OCDE, felicidades por ahora tener a Chile a bordo.

Esperemos que esto nos permita hacer a todos un mejor trabajo para terminar de salir de la crisis y lograr un crecimiento sostenible que beneficie a nuestras sociedades en los años por venir. Muchas gracias.

“El sistema interamericano: la gobernabilidad y la democracia”¹

José Miguel Insulza

Secretario General de la Organización
de los Estados Americanos (OEA)

Querida amiga, Alicia Bárcena, Secretaria Ejecutiva de la CEPAL, Señor Secretario Ejecutivo Adjunto, señoras y señores, estimadas amigas y amigos. Un saludo para tantos rostros conocidos. Muchas gracias por estar aquí con nosotros esta mañana. Quiero agradecer en primer lugar esta invitación que me formula Alicia y sus palabras de presentación. Todo esto es importante para mí, no solo por la relevancia que tiene la CEPAL como una de las principales sedes del sistema interamericano, sino por la oportunidad que me brinda a pocos días de mi reciente reelección como Secretario General de la OEA para referirme al tema que fue el centro del debate en torno a ella: la democracia en las Américas, el estado de la democracia, su fortaleza, sus debilidades, y el papel que ha cumplido y puede cumplir la OEA en su consolidación.

La democracia se ha ampliado sustantivamente en las últimas décadas en el hemisferio, qué duda cabe. Los procesos políticos que culminaron en América del Sur y Centroamérica antes y después de la Guerra Fría generaron en esas regiones una cantidad sin precedentes de gobiernos elegidos que, unidos a los de América del Norte y a los recientemente independizados del Caribe anglófono, configuraron un continente en el cual los gobiernos de

¹ Conferencia magistral dictada en la sede de la CEPAL, en Santiago de Chile, el 30 de marzo de 2010.

facto dejaron de ser la regla para constituirse en una indeseable excepción. En la última Cumbre de las Américas realizada en Trinidad y Tobago, los 34 jefes de Estado y de gobierno que se sentaron a la mesa habían sido elegidos por elecciones democráticas en sus países, elecciones limpias, con votos secretos, competitivas y con resultados reconocidos en sus sociedades.

Este proceso sin precedentes se da, por cierto, en el marco de un auge importante de la democracia en el mundo. Junto a la democratización de América Latina se produjo la disolución de la Unión Soviética y del llamado campo socialista, lo que también dio lugar a procesos de democratización en esa región. Las elecciones también se hicieron frecuentes en otros lugares del mundo en desarrollo —África Occidental, por nombrar un solo caso— donde habían estado ausentes. De pronto la hora de la democracia pareció haber llegado en los años noventa y casi todos los gobernantes del mundo se empeñaban en identificarse con el rótulo de demócrata, aunque a veces su legitimidad de origen fuera dudosa.

En 1997, Fareed Zacharia, actual director de la Revista Newsweek, cuestionó el carácter de muchas democracias viejas y nuevas señalando que, si bien se originaban en mayorías electorales, sus gobiernos adoptaban políticas reñidas con el concepto liberal al suprimir o limitar a la oposición, violentar la separación de poderes, atentar contra los derechos humanos y libertades públicas esenciales. En otros términos, gobiernos que eran elegidos por el voto popular, a poco andar, a veces incluso respaldados por su mayoría, cerraban parlamentos, reprimían a la oposición, restringían la libertad de opinión, intervenían los tribunales de justicia, violentando su independencia, entre otros. Para evitar interpretaciones, recordaré que estábamos en 1997 y el único país de América Latina que menciona Fareed Zacharia en ese escrito es el Perú de Alberto Fujimori.

Ante la realidad de estas “*illiberal democracies*”, como las denominó Zacharia, cabían dos posibilidades: o el concepto de democracia se reduce a una cuestión de origen —gobierno de mayoría elegido por voto popular— o se niega a esos gobiernos el carácter de democrático afirmando que la democracia requiere de otros atributos que no se refieren sólo a su origen sino también a su ejercicio. Y aunque el debate ha continuado, para el sistema interamericano ya fue resuelto por vía de autoridad al aprobar nuestros países en la Asamblea Extraordinaria de la OEA del 11 de 2001, en Lima, la Carta Democrática Interamericana, documento que adopta de manera inequívoca la segunda interpretación.

Para todos nuestros países la democracia es tanto de origen como de ejercicio y para llamarse democrático un gobierno no solo debe ser elegido democráticamente sino también gobernar democráticamente. Una breve

revisión de los conceptos fundamentales de la Carta pone de manifiesto lo exigente de esta definición. Ella proclama en su primer artículo el derecho de los pueblos a la democracia y luego establece como bases de esa democracia la representación, el Estado de derecho y la exigencia de un régimen constitucional, agregando luego que esa democracia se refuerza con la plena participación de la ciudadanía en el marco de la Constitución y de la ley. A continuación, enumera los elementos esenciales de la democracia, agregando a la celebración de elecciones periódicas libres, libres, justas y basadas en el sufragio universal otras características como el respeto a los derechos humanos, el acceso al poder y su ejercicio con arreglo al Estado de derecho, el pluralismo en los partidos y las organizaciones y la separación de los poderes públicos. Luego completa esta definición inicial con una definición del pacto democrático al demandar la subordinación de todos a la autoridad civil y a los poderes públicos pero exigiendo al mismo tiempo como contenidos del ejercicio democrático la transparencia, la probidad, la responsabilidad en la gestión pública, el respeto a los derechos sociales y la libertad de expresión y de prensa.

Lo dicho hasta aquí basta para señalar que, yendo al extremo opuesto de la pura democracia electoral, la Carta Democrática Interamericana es en realidad un programa político para la república democrática, un sistema político complejo compuesto de ciudadanos y ciudadanas responsables que generan sus autoridades por medio de elecciones con plena participación y dotados de derechos inalienables y compuesto también de un gobierno que es de leyes más que de personas cuya legitimidad se funda en la transparencia, el buen gobierno y el pleno respeto a los derechos ciudadanos.

Más adelante, por cierto, la Carta también señala que la democracia y el desarrollo económico y social son interdependientes y se refuerzan mutuamente, y desarrolla esta noción para mostrar en qué medida aspectos como la desigualdad, la discriminación, el analfabetismo, la pobreza, la falta de respeto por el derecho de los trabajadores, por los derechos de la mujer, producen efectos negativos para la consolidación de la democracia.

Parece necesario decir que este conjunto de requisitos no se cumple por completo en ninguno de nuestros países ni en ninguna parte del mundo. Por eso hablaba de un programa, un ideal al cual se aspira y que siempre puede ser perfeccionado. Pero éste nos permite hacer dos cosas: en primer lugar, comparar sus principios con la realidad política de la región y segundo, ver cuánto se ha avanzado en estos años y determinar la participación que le cabe a nuestras organizaciones en el proceso. Muchas de nuestras democracias son nuevas y, por consiguiente, también sus instituciones. Algunas carecen de la institucionalidad que sólo le puede proporcionar el

transcurso del tiempo pero, aun así, es posible afirmar que en las Américas los procesos electorales han tenido un notable progreso y, por consiguiente, todas nuestras democracias tienen legitimidad de origen.

Los gobiernos se generan por elecciones limpias, secretas y universales. Cambian regularmente de mano entre distintas fuerzas políticas, cosa que antes no ocurría mucho sin que ello significara una gran disrupción. En los últimos años también se ha normalizado la duración de los gobiernos que en los años noventa tendían a concluir anticipadamente.

No obstante, esta institucionalidad es frágil. En algunos países se han producido recientemente cambios constitucionales sustantivos que aún deben probar su capacidad para forjar gobiernos estables. En otros, las tentaciones de modificar las normas que rigen la duración del mandato y las reelecciones surgen cada vez que se ven en ellos una ventaja política; también se modifican con frecuencia leyes que regulan aspectos fundamentales de la democracia o incluso el ejercicio de las libertades públicas. América Latina está en constante proceso de revisión de su institucionalidad política y en muchos casos por desgracia eso no ocurre por el afán legítimo de generar mejores consensos o más estabilidad; más bien está movido por una voluntad de preservar o acrecentar determinado poder.

Ahora bien, si uno atiende a cada uno de los elementos que la Carta define como esenciales, encuentra progresos y limitaciones. El respeto a los derechos humanos es notoriamente mayor que hace dos décadas aunque subsistan limitaciones como el abuso policial, la situación inhumana de las cárceles, violencia contra la mujer o la discriminación hacia grupos vulnerables. La transparencia y la probidad han sido objeto de legislaciones especiales en numerosos países y existe en general mayor control del ejercicio de la autoridad, mientras en otros se manifiesta aún la ausencia de controles, el desprecio por la oposición y el abuso de la autoridad. Han habido importantes reformas judiciales, pero el acceso a la justicia es aún limitado y sesgado a favor de los grupos de mayores ingresos.

Esas limitaciones nos muestran una región que ha tenido importantes progresos pero que aún está en transición hacia el logro de democracias. Yo quisiera poner aquí énfasis en algunas limitaciones y riesgos que me parecen especialmente peligrosos o críticos para poder alcanzar progresos más efectivos. Primero, la pobreza y la desigualdad siguen siendo el mayor factor de atraso en nuestra región y ello repercute en la calidad de nuestra democracia. A pesar de los avances en materia de reducción de la pobreza en los últimos años y hasta la reciente crisis, América Latina sigue siendo una región especialmente injusta. El hecho de que más de un tercio de sus

habitantes siga viviendo en condiciones de pobreza no corresponde a un continente con nuestro nivel de desarrollo. Que el 3% de la población se lleve más del 50% del ingreso nacional no se compadece con el discurso democrático. Algunos de los programas sociales de los últimos años han enfrentado de manera relevante el problema de la pobreza, pero ni los sistemas tributarios ni las normas laborales han sido reformados suficientemente para propender a una mejor distribución de la riqueza como lo demuestran estudios recientes de la OCDE sobre la casi nula variación del coeficiente de Gini después de impuestos en nuestra región.

La paradoja es que mientras más se desarrolla la democracia se van delineando en el plano económico-social sociedades segmentadas y desiguales en un terreno común en que unos observan el consumo ostentoso de otros y carecen de capacidad para imitarlos. La solución está por cierto en el texto de la Carta Democrática: hacer interdependientes los conceptos de desarrollo, equidad y democracia, pero hasta ahora no ha existido la voluntad política para hacer esto realidad. Si el Estado democrático no entrega por igual a todos los beneficios del progreso eso provoca resentimiento y constituye un caldo de cultivo para la inestabilidad y el populismo.

Segundo, aunque la democracia haya progresado más en su origen que en su ejercicio, esto no significa que no puedan existir retrocesos. Las tentaciones antidemocráticas siguen presentes en distintos sectores de nuestra región, especialmente bajo dos formas. La primera se funda en la falsa premisa de que el que tiene la mayoría tiene derecho a cambiar el sistema según su parecer, acumulando poder y despreciando la participación y los derechos de las minorías. La explicación para justificar esta tentación siempre ha sido la necesidad de concluir una tarea o de enfrentar crisis urgentes en la sociedad, pero cambiar las normas e instituciones con estos fines debilita la institucionalidad y, por ende, la democracia. Aunque el éxito político tiene que ver con resultados esto no puede ser la única justificación para cambiar las reglas y buscar cualquier forma de prolongar un gobierno. En democracia, en mi opinión, todo poder debe tener límites, de lo contrario los gobernantes sustituyen a las instituciones dando lugar a nuevas formas de cesarismo ya conocidas en otros tiempos en el hemisferio.

Por otra parte, en sociedades tan desiguales como las nuestras es común que los sectores dominantes miren con aprensión cualquier proceso de reforma. Los intentos por corregir un proceso democrático por vías no democráticas fueron comunes en nuestro hemisferio en la primera mitad del siglo pasado y, contrariamente a lo que muchos piensan, no se han extinguido por completo. Al contrario, pasada la época de los gobiernos

dictatoriales de seguridad nacional, de mucho mayor brutalidad y duración, el golpe correctivo parece una opción pretoriana interesante, como lo demostraron los hechos recientes en Honduras que, por desgracia, algunos intentaron justificar.

Tercero, la libertad de expresión es un requisito tan esencial de la democracia que es el único derecho humano que la Carta Democrática identifica por separado. Si los seres humanos no pueden comunicar su pensamiento libremente es difícil que puedan concurrir adecuadamente a la formación de gobiernos democráticos y participar en el proceso político. El ejercicio democrático comienza con libertad de expresión y de ahí que las limitaciones a este derecho sean especialmente negativas. Aunque consagrada formalmente en todas las legislaciones de América, la libertad de expresión ha sido amenazada en tiempos recientes por distintas formas de conducta. Primero, por cierto hay una represión en algunos lugares por vías de autoridad en contra de las expresiones críticas hacia los gobiernos o las autoridades gubernamentales. Las naturales restricciones a la propagación de informaciones manifiestamente falsas se han extendido a veces hasta llegar a castigar cualquier crítica, a cerrar medios de comunicación o a impedir su funcionamiento y a establecer severas penas para quienes disienten públicamente. La segunda restricción es la falta de acceso de la mayoría de los ciudadanos a la información por la concentración excesiva de la propiedad de medios en manos de muy pocas personas o empresas a veces ligadas con quienes además detentan el poder económico. Es verdad que a veces se puede usar el argumento de concentración de poder para justificar medidas de restricción de la libertad de expresión, pero una normativa que dé plena garantía a la libre difusión de las ideas por parte de todos los ciudadanos puede también fijar límites objetivos al grado de concentración de los medios a través de los cuales se difunda la información en la sociedad.

Una tercera restricción, especialmente dramática en algunos países, es la violencia física que se ejerce en contra de periodistas, medios e incluso personas que denuncian determinados delitos. El asesinato o agresión a periodistas y medios es la forma más brutal y primitiva de suprimir la libertad de expresión y conduce frecuentemente a la autocensura. El crimen organizado y los violadores de derechos humanos son los principales autores de estos asaltos que, por desgracia, se dan sin que algunos gobiernos sean capaces de impedirlos y proteger esta libertad esencial.

Cuarto, la separación de poderes es un rasgo fundamental de la democracia que a veces no se practica efectivamente en nuestra América. Si bien se da también en algunos casos en la relación entre los poderes

ejecutivo y legislativo, la situación más preocupante se da en relación al poder judicial que en ocasiones es una herramienta más de la mayoría que gobierna. Sin justicia independiente, es difícil contar con formas efectivas de protección de los derechos de los ciudadanos o combatir el tráfico de influencias o la corrupción.

Quinto, la corrupción es un claro problema en la región. A pesar de los avances realizados en muchos países en materia de transparencia y probidad ésta se une al escaso tratamiento que aún tiene en todas partes del hemisferio la relación entre dinero y política, realidad que incluso ha sufrido retrocesos en tiempos recientes. La participación directa de empresas en la política no solo para hacer lobby sino también para financiar campañas y actividades políticas es contraria al concepto de igualdad en la política como actividad de todas las personas sin diferencia de condición. A ello se une la escasa transparencia que en muchas partes tiene el financiamiento electoral. En un continente en que el crimen organizado ha aumentado su presencia en los últimos años, defender la limpieza del proceso político es una tarea indispensable no solo para asegurar la igual participación de los ciudadanos sino también, especialmente en los países más vulnerables, para evitar la presencia del narcotráfico y del crimen organizado en la actividad pública.

Todos los problemas que hasta aquí hemos anotado coinciden en gran medida con la agenda de nuestra Organización de Estados Americanos y con el sistema interamericano en su conjunto. Hemos dicho muchas veces que la acción de la OEA se articula en torno a tres pilares: democracia, derechos humanos, desarrollo integral y seguridad. Naturalmente no me podré referir a cada uno de ellos. Por lo tanto me centraré fundamentalmente en el área de la democracia que tiene a su cargo los asuntos vinculados de manera más directa con la Carta Democrática. Primero, las elecciones. Hemos observado en estos cinco años casi cincuenta procesos de votación, entre elecciones presidenciales, parlamentarias, primarias, regionales y referéndum y seguimos dando cooperación a los países para mejorar sus padrones y sistemas electorales. Segundo, la transparencia. La OEA da seguimiento a la Convención Interamericana contra la Corrupción. Realiza procesos de evaluación entre pares con participación de los gobiernos y de la sociedad civil y coopera también con los países para mejorar la legislación y fiscalización que realizan en materia de transparencia y corrupción. Tercero, el fortalecimiento de la institucionalidad a través de programas como los registros civiles que busca el derecho a asegurar la identidad en un hemisferio en el que más de un 15% de las personas carecen de documentos de cualquier tipo o nuestro programa de apoyo a congresos o a gobiernos regionales. Cuarto, el mejoramiento de la calidad de gobierno a través de

programas de acceso a la justicia, gobierno electrónico, etc. Esta área de la democracia por cierto también tiene que ver con las crisis que se viven en el hemisferio y permitan que me detenga un poco en este tema porque ha sido motivo especial de crítica en los últimos meses a partir de los hechos de Honduras. Muchos apuntan a la OEA por este supuesto fracaso que mostraría la irrelevancia de la institución y la poca aplicación de la Carta Democrática y de la Carta de la OEA. Interesa decir en este punto que la crisis de Honduras fue la novena en que nos correspondió actuar en estos últimos cinco años. Por algún motivo extraño se olvida el caso de Nicaragua en 2005 cuando evitamos una crisis inminente y nuestra mediación permitió al gobierno del Presidente Bolaños concluir normalmente su mandato. O Haití, en 2005 y 2006 donde la OEA trabajó en conjunto con las Naciones Unidas en la realización de la elección presidencial que puso fin a la transición e instaló un gobierno y un parlamento constitucionales. O Ecuador, en 2005, donde la OEA contribuyó a normalizar la situación del poder judicial acéfalo por casi un año, abriendo camino a las elecciones y reformas que tuvieron lugar en los años siguientes en ese país.

También estuvimos presentes en Colombia a partir de 2004 y hasta hoy, donde la misión de apoyo al plan de paz ha verificado hasta los últimos seis años el rearme y la reinserción de los paramilitares y los procesos relacionados con el conflicto que hoy se ventilan en los tribunales. O Bolivia, del 2006 al 2009, donde participamos en cada una de las instancias del proceso por el cual se dictó la nueva Constitución hasta la elección de hace pocos meses. O Guatemala, en 2009, donde la OEA actuó rápidamente para defender al gobierno constitucional amenazado en su estabilidad por acusaciones falsas en su contra. Hasta aquí la numeración incluye solamente casos atendidos en virtud de la Carta Democrática Interamericana aplicada en la forma que esta Carta lo señala.

También están los casos de Colombia y Ecuador con participación determinante de la OEA en el control del conflicto provocado por el bombardeo colombiano a un campamento de las FARC en territorio ecuatoriano y con el desarrollo de una misión de mediación que permanece hasta hoy. Guatemala y Belice, donde el litigio territorial se aproxima a una solución pacífica al aceptar las partes nuestra propuesta de someterlo a la Corte Internacional de Justicia mientras una misión permanente se mantiene en la zona de adyacencia para evitar que cualquier incidente pueda desviar a las partes de esa solución. A esto debería agregarse por cierto las gestiones exitosas realizadas para levantar sanciones obsoletas en contra de Cuba en 2009, cuya reincorporación a la OEA depende ahora de la voluntad de ese país de entablar un diálogo con su consejo conducente a aceptar las mismas normas que rigen a todos los miembros de la organización.

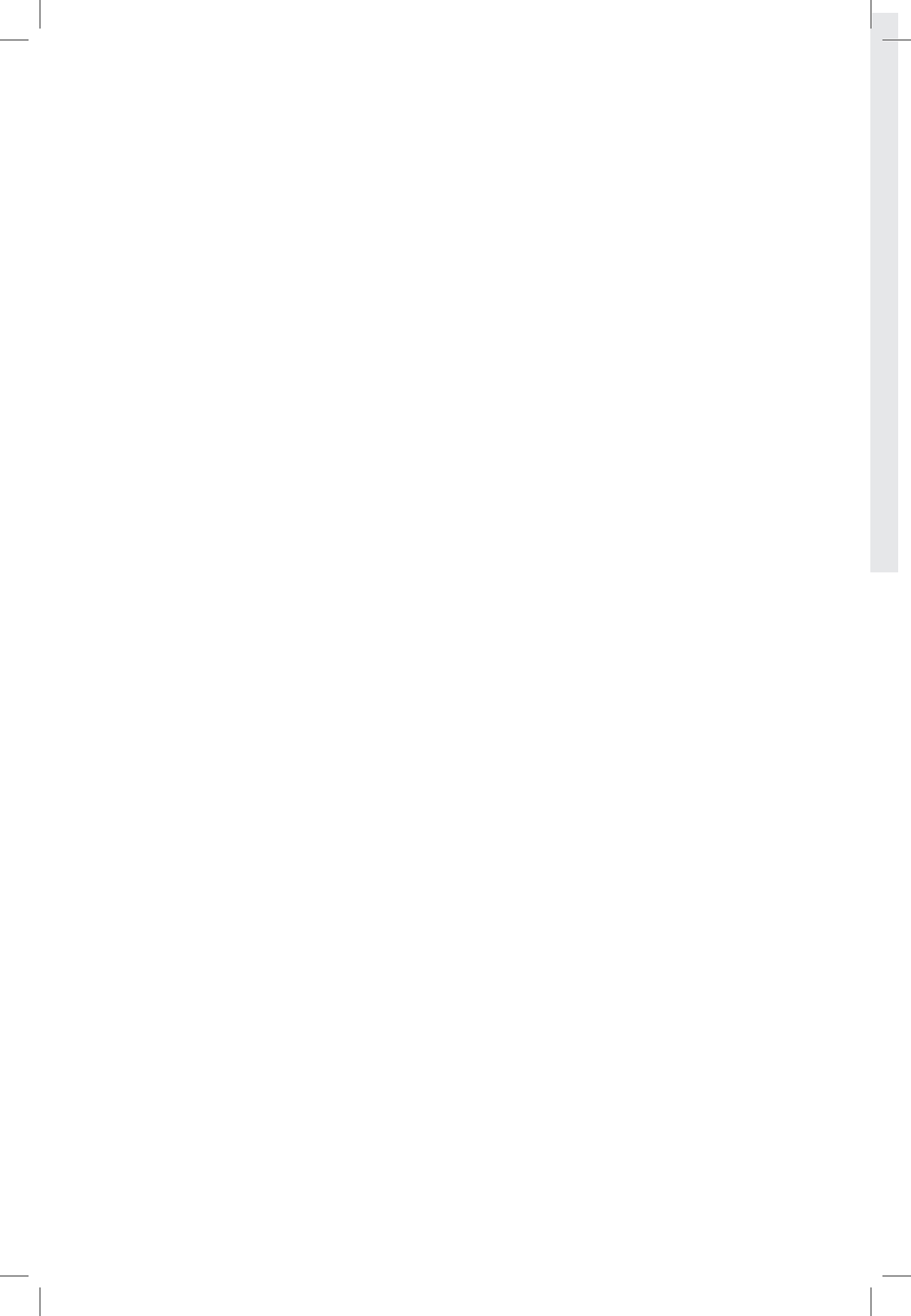
No ha sido poca, pues, la actividad exitosa de la OEA en materia de crisis en los últimos años ni pocas las ocasiones en que se ha aplicado exitosamente la Carta Democrática Interamericana. Estoy convencido de que si el Gobierno de Honduras hubiera solicitado la acción de la OEA de manera oportuna habríamos podido controlar ese conflicto antes de que se llevara a cabo el golpe de Estado. En todos los casos antes citados el gobierno solicitó esa asistencia. Cuando el Gobierno de Honduras la pidió ella fue acordada el mismo día 26 de junio para enviar una misión el lunes 29 de junio. El golpe de Estado se produjo el domingo 28 de junio.

Para enfrentar esta y otras debilidades la Organización de Estados Americanos cuenta con un conjunto de instrumentos. En materia de derechos humanos está su institucionalidad más conocida y prestigiada, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y la Corte Interamericana de Derechos Humanos. En relación al tema de la corrupción, existe el mecanismo de seguimiento de la Convención Interamericana contra la Corrupción que acaba de terminar sus sesiones recientemente en la ciudad de Washington. Nuestras misiones de observación electoral verifican la buena marcha de la democracia de origen y entregan recomendaciones acerca de la forma de mejorarla. Existen mecanismos de verificación en materia de política de drogas, de violencia contra la mujer y otros que no detallaré. Pero lo que tienen en común todos estos instrumentos y también la Carta Democrática Interamericana es que en definitiva la decisión sobre su aplicación corresponde fundamentalmente a los países miembros. En este sentido conviene recordar una vez más que la Organización de Estados Americanos no es un organismo supranacional sino multilateral. Aquí no existe una autoridad por encima de los estados miembros sino que se trata de una instancia en que los estados miembros resuelven en conjunto. La Carta Democrática Interamericana contiene las obligaciones fundamentales que los países miembros asumen para la preservación y fortalecimiento de la democracia. Pero en cuanto a su aplicación concreta sólo se refiere a tres hipótesis, las tres vinculadas con una amenaza o ruptura del orden constitucional. Y en las dos primeras hipótesis, la voluntad del gobierno afectado es absolutamente determinante. En el artículo 17 de la Carta Democrática Interamericana se señala que cuando el gobierno de un estado miembro considere que esté en riesgo su proceso político institucional democrático o su ejercicio legítimo del poder, puede solicitar al Secretario General o al Consejo Permanente asistencia para el fortalecimiento y preservación de su institucionalidad democrática. Es eso lo que hicieron oportunamente los gobiernos de Nicaragua, Ecuador, Bolivia, Haití, Guatemala y lo que hizo —demasiado tarde— el gobierno de Manuel Zelaya. El artículo 18 dice que el Secretario General o el Consejo Permanente pueden decidir actuar

cuando en un estado miembro se produzcan situaciones que pudieran afectar el proceso político o el legítimo ejercicio del poder y enviar misiones y hacer gestiones. Pero en ese caso, dice a continuación, deben contar con el consentimiento previo del gobierno afectado. La tercera situación se da cuando ya se ha producido una alteración del orden constitucional. En ese caso el Consejo Permanente toma las primeras medidas para restablecer el orden. Si esto fracasa o se considera que esta situación es demasiado urgente, como en el caso de Honduras cuando el Presidente ya había sido expulsado del país, se llama a una Asamblea General Extraordinaria para que adopte las medidas pertinentes, y si se constata que se ha producido la ruptura y que las gestiones para restablecerlo han sido infructuosas se procede a la suspensión del país.

Estas son las únicas disposiciones de acción de la Carta Democrática Interamericana. Quienes muchas veces exigen o preguntan al Secretario General porque no aplica la Carta Democrática Interamericana en determinado país deberían primero leerla y decir en qué parte el Secretario General está llamado a aplicarla por vía de autoridad. En la Carta existen las limitaciones que señalé al Consejo en un informe de abril de 2007, proponiendo considerar acciones para ello. La primera es que la posibilidad de realizar acciones preventivas antes de que se provoque una crisis está sujeta a la decisión del gobierno afectado y esta es sin duda una limitación seria ya que puede ser el gobierno mismo el que está produciendo las situaciones señaladas y ciertamente no va a estar muy dispuesto a llamar a la OEA en ese caso. Por eso propuse ampliar el rango de actores que podían solicitar acciones preventivas para incluir al menos a los demás poderes del Estado. La segunda es la falta de atribuciones del Secretario General para realizar una política más activa de seguimiento y prevención y por eso propuse ampliar las capacidades de la Secretaría para prever o prevenir las crisis. Ello debería incluir la posibilidad de realizar gestiones sin contar necesariamente con la invitación del gobierno afectado pero con pleno conocimiento del Consejo. Dicho sea de paso, nuestra Comisión Interamericana de Derechos Humanos también debe ser invitada a los países para poder ir. Y a la pregunta de que por qué va tan rápido a algunas partes y se demora tanto en otras, es porque en algunas partes tiene invitación permanente y en otras no. La tercera es que la Carta no define suficientemente cuáles actos constituyen una amenaza o una ruptura constitucional. Desde luego no puede tratarse de cualquier hecho que no esté acorde con la Carta. Ya hemos dicho que constituye un programa político por su amplitud, pero tampoco debería limitarse a los golpes de Estado sin considerar que existen otros actos como, por ejemplo, un fraude electoral a gran escala que podría considerarse una ruptura grave del orden constitucional.

Por eso propuse iniciar un estudio para que el Consejo y la Asamblea afinaran la definición de qué hechos se considerarían amenazas o acciones graves en contra del orden constitucional. Esta propuesta y otras similares están hoy ante la Comisión de Asuntos Políticos y Jurídicos. Sin embargo, creo importante recalcar —y con esto voy a concluir esta intervención— que al actuar sobre ella los estados de la región seguramente querrán revisar si con ello no se está yendo más allá de lo que es permisible en una organización multilateral de estados soberanos. El sistema interamericano está conformado por estados independientes de gran diversidad geográfica, demográfica, económica y política. Tiene además, por desgracia, una historia negativa de tensiones y de relaciones de soberanía. Su progreso, que estamos obligados a cuidar, depende de un adecuado equilibrio entre los principios y valores comunes que compartimos: los principios de la democracia que he señalado y la preservación también de los importantes principios de la no intervención y autodeterminación que están en la Carta Fundacional de la Organización de los Estados Americanos. Muchas gracias.



“Desarrollo y globalización: el enfoque de Prebisch en la actualidad”¹

Aldo Ferrer

Economista, político y diplomático argentino

Buenos días señora Secretaria Ejecutiva de la CEPAL, Profesor Osvaldo Sunkel, amigos y amigas de la CEPAL, señora y señores. Muchas gracias por esta recepción, por estas palabras tan generosas de la Sra. Bárcena, por la oportunidad de referirnos a la figura de un gran economista que condujo esta casa desde la cual proyectó al resto del mundo y a América Latina sus ideas del desarrollo, su visión del sistema internacional.

Si tratamos de resumir en un solo concepto cuál fue la gran preocupación de Prebisch en torno de la cual desarrolló sus reflexiones creo que podemos decir que su gran preocupación —y también la nuestra— es el dilema del desarrollo en el mundo global, es decir cómo logramos generar en nuestros países las condiciones necesarias para movilizar el potencial de recursos, generar bienestar, empleo, inclusión social y justicia en un mundo en el cual las relaciones son tan profundas que los espacios son penetrados por los acontecimientos externos. Ese mundo global plantea desafíos, oportunidades, amenazas, pero también nuevas perspectivas.

En torno de esa reflexión él formuló una serie de enfoques. Tal vez el más fecundo de todos fue la idea del modelo centro-periferia, el tema de los términos de intercambio, la distribución del progreso técnico entre los

¹ Conferencia magistral dictada en la sede de la CEPAL, en Santiago de Chile, el 22 de abril de 2010.

países, la propuesta de la industrialización, la integración latinoamericana. Es decir, un conjunto de ideas que enriquecieron el acervo intelectual de nuestros países.

Pero además dejó tres conclusiones que, a mi entender, son el gran legado de su obra. La primera es que los países centrales conforman visiones del orden mundial funcionales a sus propios intereses y que si nosotros no nos rebelamos contra ese esquema teórico no podemos resolver el problema del subdesarrollo ni responder con eficacia a los desafíos del crecimiento en un mundo global. Esto que Prebisch llamaba el pensamiento céntrico es la racionalización del sistema internacional desde la teoría de las ventajas comparativas de la teoría clásica y del comercio internacional hasta la teoría de las expectativas racionales, y en el campo de las políticas desde el libre cambio hasta el Consenso de Washington. Son todas formulaciones ideológicas de los centros desarrollados que ven una organización del sistema en la cual los países de la periferia, como decía Prebisch, son apenas segmentos del mercado mundial y no sistemas nacionales capaces de desplegar, dentro de sus fronteras e integrados a un mundo globalizado, su potencial de desarrollo económico y social y configurar lo que, en definitiva, es el rasgo fundamental del desarrollo: la capacidad de asimilar y generar los avances de la ciencia y la tecnología. Este fue el primer mensaje, la rebelión contra el pensamiento céntrico.

La segunda conclusión fue que la transformación es posible, que a partir de una visión realista de los problemas es posible transformar la realidad, desplegar el potencial y lograr con el resto del mundo —y en primer lugar con los centros de poder mundial— una relación simétrica no subordinada.

Finalmente, la tercera enseñanza es que esto requiere un cambio profundo en la estructura productiva para incorporar en la actividad económica y social el conocimiento. La gestión del conocimiento es el instrumento fundamental del desarrollo y esto solo es posible en una estructura diversificada y compleja. No puede darse en un país especializado en la explotación de los recursos naturales sin desarrollar simultáneamente un entramado complejo de industrias, de cadenas de valor agregado en la frontera del conocimiento y a partir de allí generar empleo, bienestar, inclusión social y —vuelvo a insistir— una relación simétrica no subordinada al sistema internacional. Esos fueron los tres grandes mensajes de Prebisch.

Y entonces la pregunta actual, 25 años después de su fallecimiento, es qué vigencia conservan estas visiones en el marco de los cambios que ha experimentado el mundo. Para dar una respuesta a esta interrogante

voy a detenerme brevemente en un elemento esencial de la reflexión de Prebisch: el dilema del desarrollo en un sistema global. Los componentes del dilema son, en primer lugar, la globalización, esto es, un sistema de relaciones comerciales, financieras, de integración de cadenas de valor que se va profundizando a lo largo del tiempo bajo el impacto del avance de la ciencia y la tecnología, sistema de relaciones internacionales que coexiste con el hecho de que los mercados internos de los países siguen siendo en definitiva el espacio fundamental de las transacciones y de la actividad económica y social.

La producción mundial que traspasa las fronteras nacionales no es mucho más de un 20% del producto mundial, la inversión de las corporaciones transnacionales no aporta mucho más de un 10% a 15% de la formación de capital y gran parte de esas inversiones son financiadas con ahorro interno generado por las filiales, de tal manera que coexiste esta dimensión global del comercio, de las finanzas, de las cadenas de valor con la dimensión interna.

Pero la globalización no es solo un sistema de redes, de vínculos entre las economías nacionales. Es también un sistema de poder donde los grandes estados, las grandes corporaciones, los mercados financieros ejercen una influencia dominante y establecen las reglas de juego del sistema. Y finalmente, como recordábamos antes en el primer mensaje de Prebisch, la globalización es el espacio de formación de un pensamiento hegemónico que trata de administrar el sistema y en tiempos recientes con la idea que el mercado por sí solo es capaz de administrar con racionalidad los recursos a nivel global en beneficio de todos y también que las fuerzas de la globalización son tan abrumadoras que cualquier tentativa de fijar proyectos nacionales sobre la base de la propia decisión de los países sería una imposibilidad precisamente por la intensidad de estas relaciones globales y el peso decisivo de los centros del sistema.

El desarrollo, a su vez, es la capacidad de gestionar el conocimiento, de integrarlo al tejido económico y social. Es un proceso acumulativo que se da a lo largo del tiempo, que incluye no sólo el capital, la tecnología, sino también la organización del Estado, la capacitación de la gente, la sinergia entre lo público y lo privado, el desarrollo de los sistemas nacionales de ciencia y tecnología. Es un proceso de acumulación continua en el tiempo de saberes y de capacidad productiva.

Y el desarrollo se da siempre en un espacio nacional. Como señala el profesor Sunkel, el único desarrollo posible es el que se hace desde adentro. No hay ningún caso en la historia económica del mundo en que un país

haya sido desarrollado desde afuera. El desarrollo es siempre un proceso que se da en un espacio nacional o no se da, y cuando esto se verifica es posible despegar el potencial y colocarse en las fronteras del desarrollo de cada época. Entonces esta contradicción extraordinaria de un sistema global que penetra los espacios nacionales y esta característica de que el desarrollo se da siempre en un espacio nacional plantea un dilema porque el espacio nacional es penetrado desde afuera por la división del trabajo, el tipo de relación que tiene la división del trabajo determina quién produce y quién domina las redes de intercambio y también puede penetrar en el control de los recursos naturales de los países menos avanzados y penetra a través del dominio de las cadenas de valor, en el marco de las grandes corporaciones y, desde luego, la posición hegemónica en el proceso de generación de conocimiento y de aplicación de la tecnología.

Por eso uno de los campos fecundos en la reflexión latinoamericana es la política tecnológica y aquí recordaré al profesor Sábato, tecnólogo, ex gerente del Departamento de Tecnología de la Comisión de Energía Atómica de Argentina. Precisamente él y otros pensaron sobre este tema de cómo logramos endogeneizar el cambio técnico en nuestros países que es penetrado por esta posición hegemónica de los países centrales en el dominio de la ciencia y penetra también por mecanismos más sutiles como es el del tipo de cambio, la “enfermedad holandesa”. Los países especializados en la posición primaria tienden a operar con tipos de cambio sobrevaluados y si, además de esto, son sujetos de la especulación financiera, todavía más. Este tema de la “enfermedad holandesa” ha sido estudiado por varios economistas latinoamericanos, recientemente por el profesor Luiz Pereira, de Brasil, y desde luego en otros tiempos. Ya no es el problema de ahora desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, la globalización penetró también a partir del imperialismo cuando una parte importante de la humanidad estaba en una situación de dependencia colonial. Entonces el hecho de que el sistema nacional sea penetrado por estos fenómenos globales configura el dilema de desafíos y oportunidades porque si un sistema nacional no da buenas respuestas la globalización lo desarticula y le impide construir mecanismos de movilización de los propios recursos y, por el contrario, si las respuestas son adecuadas la globalización logra oportunidades de comercio, inversiones, acceso a nuevos conocimientos. Entonces el tema del desarrollo es cómo se responde a ese dilema.

Antes de continuar con esta reflexión y para ubicar el aporte de Prebisch en esta trayectoria histórica recordaré cuándo empieza el dilema del desarrollo en el mundo global, porque las relaciones entre países, entre pueblos, incluso entre estados son anteriores a una relación histórica. En el

mundo pre-tecnológico, antes del renacimiento europeo, del gran avance del conocimiento en las ciencias políticas y del conocimiento científico y de las primeras tecnologías, las relaciones entre los estados eran irrelevantes desde el punto de vista del desarrollo económico; en los países había comercio, un espacio podía ser ocupado por otro espacio y dominado, pero las condiciones de producción eran las mismas, es decir porque los niveles tecnológicos eran semejantes y las relaciones entre países, entre pueblos, entre estados, eran directamente irrelevantes desde el punto de vista económico. El problema empieza cuando la tecnología impacta en la organización económica y da lugar al crecimiento continuo de la productividad y entonces el tipo de relación que un espacio conserva con el resto del mundo es fundamental desde el punto de vista del desarrollo. Allí empieza el dilema, en la última década del siglo XV, cuando se descubre el Nuevo Mundo y éste se incorpora al sistema planetario. Los portugueses llegan en la misma década, a fines del siglo XV, por vía marítima culminando la empresa iniciada por el príncipe Enrique El Navegante a principios del siglo XV, que buscaba precisamente la comunicación por vías económicamente accesibles. Entonces en la última década del siglo XV se configura el dilema porque se produce el primer sistema planetario y la tecnología ya era un tema relevante para las incipientes relaciones internacionales.

A partir de ese momento uno puede identificar varias etapas de la formación del sistema global y del dilema del desarrollo en un mundo global. El primer orden mundial es el del capitalismo mercantil con liderazgo inicial de España y de los países ibéricos con la incorporación después de Francia, Inglaterra, el protagonismo creciente de Gran Bretaña, Francia. Se forma un sistema mercantil donde comienza ya el proceso de integración y donde se inicia la hegemonía occidental y cristiana de los pueblos europeos en la organización del sistema. De hecho, hasta tiempos recientes, durante cinco siglos hubo una hegemonía del dominio de la tecnología concentrada en el Atlántico Norte. Comienza ya en ese primer orden mundial y después naturalmente con la balanza de la revolución industrial y las nuevas tecnologías, los nuevos medios de transporte, el surgimiento del ferrocarril, los cables submarinos, el telégrafo, los avances en la metalurgia, en la agricultura, en las industrias que ahora llamamos tradicionales, como la textil, que en aquel tiempo eran industrias dinámicas, se configura el nuevo orden mundial.

Y se produce la incorporación de América Latina a ese sistema de relaciones que después Prebisch llamaría centro-periferia, integrándonos como abastecedores de productos primarios, importadores de manufacturas y de bienes de capital. Y después viene el período de desglobalización entre

las dos guerras mundiales. En un período extraordinario de tres décadas, de 1914 a 1945, se producen dos guerras mundiales, la gran crisis de los años treinta, la ruptura del sistema político con la revolución de octubre en Rusia, la emergencia del fascismo y del nazismo. Es un período en que todos los indicadores de la globalización, comercio, inversiones, financiamiento se reducen. Los países se repliegan sobre sí mismos y con la crisis de los treinta se produce también un descrédito del paradigma dominante de la ortodoxia neoclásica que genera un vacío teórico que es posteriormente llenado con la contribución de Keynes.

Y finalmente está la última etapa de la globalización, la que se abre después de la Segunda Guerra Mundial, donde la intensidad del proceso es creciente en virtud del impacto de las nuevas tecnologías, la microelectrónica, el dominio del átomo, el dominio de las ciencias de la vida, que provocan una transformación realmente fenomenal y la profundización de las redes de comercio, un crecimiento de las relaciones internacionales incluso más intenso desde la propia actividad económica real del comercio y de las inversiones. En este escenario la globalización financiera va adquiriendo un peso creciente, la liquidez es alimentada por el déficit de los pagos norteamericanos, la capacidad multiplicadora del sistema convierte al sector financiero en un gran casino global, o sea las magnitudes virtuales crecen mucho más que las reales, fenómeno que culmina con la crisis actual que acaba de mencionar la Secretaria Ejecutiva de la CEPAL. Es en ese largo proceso de las relaciones entre la globalización y el desarrollo cuando aparece la reflexión de Prebisch.

Prebisch aparece en sus años mozos, en los años 20 cuando aparentemente se restablecían las condiciones de pre-guerra. Pero los problemas heredados de la guerra, las reparaciones, el fracaso de la vuelta de la libra a la paridad anterior, todo esto se traduce en una gran burbuja especulativa, baja de valores, exceso de producción, producción primaria, entre otros factores, que culminan con la gran crisis de 1930.

Prebisch comienza su formación de economista en la década de 1920 y cuando se produce la crisis mundial, siendo todavía un hombre muy joven, toma posiciones muy importantes en el régimen político argentino que surge después del golpe de Estado en septiembre de 1930. Y allí en la administración, sobre todo en la política monetaria, desde su puesto de gerente del Banco Central, Prebisch tiene la responsabilidad de operar la economía del país de la periferia latinoamericana que probablemente había sido el más integrado en el segundo orden mundial y que había alcanzado dentro de la relación centro-periferia lo más alto de sus indicadores relativos de la región en términos de productos per cápita y otros indicadores sociales.

El desarrollo argentino desde fines del siglo XIX, durante toda la etapa de crecimiento hacia fuera, fue realmente muy intenso. Argentina estuvo profundamente integrada y adherida al modelo centro-periferia, siguiendo consistentemente políticas de libre cambio. Esa realidad es la que hereda Prebisch, realidad que enfrenta el impacto de la crisis y que provoca una serie de cambios en la política económica que surgen precisamente de esta visión renovada de Prebisch. Simultáneamente esto sucede en el marco de la desglobalización y en el marco de un vacío teórico. La hegemonía teórica del centro se derrumba por la crisis y aparece en el centro mismo la renovación keynesiana. En ese contexto surgen las primeras reflexiones de Prebisch sobre la situación emergente en un escenario de desglobalización.

Prebisch fue profesor de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. Se alejó de la cátedra por las mismas razones que lo alejaron de su cargo en el Banco Central a mediados de la década de los cuarenta. Pero en el primer semestre de 1948 volvió a la cátedra y yo tuve la gran fortuna de estar cursando la materia cuando él volvió a la cátedra y además dictó un seminario. Recuerdo que en la primera reunión del seminario éramos unas 20 personas. Estaba él con 2 ó 3 colaboradores de la cátedra y los alumnos. Comenzó a explicar estos dilemas que había enfrentado en la construcción de la política monetaria y económica en las nuevas circunstancias y dijo “mi desencanto con la teoría ortodoxa era cada vez mayor” y preguntó “¿ustedes a qué atribuyen ese desencanto”? Yo me atreví a levantar la mano y a decir, “Profesor, sería porque no le servía para resolver los problemas que usted tenía por delante” y dijo, “exactamente”.

En aquel seminario y en aquel curso que dictó Prebisch anticipó unos lineamientos de la teoría que después desplegaría desde la CEPAL. Y desde aquí, desde esta casa, su pensamiento fue enriquecido por el aporte de algunas de las personas que recordaba la Secretaria Ejecutiva de la CEPAL, Celso Furtado, Aníbal Pinto, Osvaldo Sunkel, de tal manera que se formó acá un cuerpo de reflexión importante en un período después de la Segunda Guerra Mundial. Fue el período de oro de los países centrales que duró hasta la crisis del petróleo, período en donde predominaba en algunos países centrales la heterodoxia, el Estado de bienestar, la intervención del Estado, la renovación de la demanda efectiva. Fue en ese escenario que el pensamiento estructuralista latinoamericano y la respuesta al dilema del desarrollo en el mundo global fructificaron en América Latina, con una enorme influencia sobre las políticas nacionales. A partir de los años setenta, todavía en vida de Prebisch, las cosas cambiaron, volvió a recuperarse el pensamiento hegemónico desde el centro, fuertemente penetrado por la dimensión financiera y nuestros países sucumbieron a

la nueva situación. El proceso de transformación no nos había permitido construir situaciones nacionales suficientemente sólidas y, por lo tanto, caímos en la deuda y finalmente en la década perdida. Fueron los años finales de la vida de Prebisch, en los cuales declinó su influencia teórica y en la política económica de los países.

De 1985 a la fecha han ocurrido cambios extraordinarios y conviene que los recordemos brevemente porque para determinar si el pensamiento de Prebisch conserva su vigencia tenemos que observar qué es lo que ha pasado en estos últimos 25 años. Probablemente el acontecimiento más extraordinario que se ha producido en este período es la emergencia de naciones asiáticas, como China e India, situación que consolida lo que los primeros tigres asiáticos —Japón en primer lugar, pero también Corea, Taiwán— habían logrado desde la guerra. Pero al fin y al cabo ese conjunto de naciones sólo representa el 5% de la población del mundo. El primer desafío para la hegemonía de Occidente, del Atlántico Norte sobre las ideas y la economía mundial comienza a ser contestada desde la guerra por primera vez en Asia, pero cuando China y la India se incorporan al proceso de transformación con el 40% de la población mundial la historia cambia.

Yo diría que estamos en presencia de un cambio de desplazamiento del centro de gravedad desde el Atlántico Norte. No es que vaya a desaparecer ni mucho menos la presencia formidable de Europa y Estados Unidos en el Atlántico Norte sino que aparece otro protagonista fundamental en Asia poniendo fin a lo que fue la hegemonía occidental en estos quinientos años, no solo desde el punto de vista de la economía real, de la ciencia y la tecnología, porque lo que precisamente caracteriza la emergencia de estas naciones de Asia es la transformación estructural basada en la incorporación en los tejidos productivos y sociales de las actividades intensivas en conocimiento. Entonces este es un primer dato, el cambio de centro de gravedad o por lo menos la aparición de un nuevo centro de gravedad en Oriente.

El otro dato ya fue recordado, es el colapso del mundo del dinero con esta crisis fenomenal que aparece vinculada a un desequilibrio profundo del sistema que es la brecha ahorro-inversión, la existencia de un grupo de países con un alto nivel de ahorro, como China o Alemania cuya demanda interna no alcanza para crear oportunidades de inversión para esa masa de ahorro y esa insuficiencia de demanda ha sido cubierta en buena medida por el déficit de Estados Unidos que cumplió en algún modo una función keynesiana en el sistema de los últimos lustros. Pero resulta que con la crisis va a tener que haber una cierta resolución en el tema de brecha ahorro-inversión, el papel de déficit de los Estados Unidos, y es un tema

por verse cómo se va a resolver esta cuestión y cómo se va a regular el mundo del dinero para resolver los problemas extraordinarios que el mundo especulativo generó en el sistema internacional.

Se ha vuelto a producir como consecuencia de este derrumbe del mundo del dinero un nuevo vacío teórico. Al igual que como pasó en los años treinta, parece que la ortodoxia es acreditada por su incapacidad de generar un marco internacional y políticas nacionales viables. Creo que Argentina ha cumplido siempre un cierto papel pionero en algunos problemas, incluso el pensamiento de Prebisch se inaugura con la reflexión del caso argentino. Como ya señalé, Argentina es el país que más se había integrado al sistema internacional bajo el modelo centro-periferia y en esa nueva fase del período de la hegemonía neoliberal, Argentina fue el país de América Latina que aplicó estas políticas con mayor intensidad, en la venta de patrimonio público, en el endeudamiento hasta el límite de la insolvencia, y finalmente una crisis fenomenal que estalló en el 2001-2002 que de alguna manera anticipó lo que después se produjo en el sistema global.

Y este sistema global que emerge ahora y las circunstancias que estamos viviendo plantean una serie de interrogantes acerca de cómo se van a resolver los problemas actuales de la brecha ahorro-inversión, del déficit de los Estados Unidos, de la regulación del mundo del dinero, cómo se acomodan los países de Asia en un nuevo escenario internacional. Lo que no se advierte es que haya realmente respuestas del sistema internacional, respuestas a la altura de los desafíos que siguen amenazando la paz, la seguridad, el medio ambiente. No se advierte nada de esto en el debate del G20 y la discusión internacional realmente requiere respuestas válidas para estas cuestiones.

Y en este escenario de incertidumbres hay ciertas cosas que claramente no cambian. No cambian ni la naturaleza de la globalización, ni la naturaleza del desarrollo, ni la existencia del dilema del desarrollo en el mundo global. La presencia de China en el mundo globalizado actual, advirtiendo ahora cuál es el comportamiento de este gran país, no indica que se comporte de manera distinta que las naciones industriales maduras —exportador de manufacturas, de capital, importador de materias primas. El mundo va a seguir en la división del trabajo con las mismas tendencias heredadas del pasado. El desarrollo en un espacio nacional ciertamente enfrenta desafíos provocados por cambios importantes en el sistema mundial, en las tecnologías, pero el desarrollo sigue siendo esencialmente lo que siempre fue: la incorporación de la ciencia y la tecnología en el tejido económico y social, la capacidad de gestionarla y la posibilidad de despegar el potencial en el espacio nacional.

Y esto me lleva a las reflexiones finales acerca de la naturaleza del desafío y cuáles son las condiciones que determinan la capacidad de los países para responder a esos desafíos. Suelo utilizar últimamente la idea de que si se hace un análisis comparado de la experiencia del desarrollo y se toma nota de aquellos países que tuvieron éxito a lo largo de la historia en responder con eficacia a los desafíos y las oportunidades de globalización para desarrollar sus economías —más recientemente, desde luego, los países más exitosos de Asia— encuentro una serie de factores que me gusta denominar la *densidad nacional*. Entonces uno puede decir que cada país tiene la globalización que se merece en virtud de la fortaleza de su densidad nacional. Los países que tienen fuerte densidad nacional tienen capacidad de responder a los desafíos y pueden aprovechar las oportunidades del sistema global.

Los componentes de la densidad nacional son, en primer lugar, *la cuestión social*. Sociedades profundamente fracturadas por la desigualdad, a veces por problemas religiosos, étnicos, no pueden dar respuestas válidas. Es un obstáculo fundamental.

El segundo componente es *la calidad de los liderazgos*. En las sociedades cohesionadas normalmente los líderes tienen estrategias de acumulación de poder dentro del propio espacio, no son meros agentes comisionistas de los intereses transnacionales. Si uno observa la experiencia de los países asiáticos, el empresariado nacional, los estados nacionales, tienen un liderazgo en el proceso de acumulación de capital de tecnología y establecen relaciones incluso con las corporaciones transnacionales y en la formación de las cadenas de valor sin perder la capacidad de conducir los procesos de acumulación y de cambio. Y las cosas están ligadas la una con la otra. Normalmente las sociedades muy fracturadas tienden a ser conducidas por minorías que están más cerca de los intereses transnacionales que de los intereses de sus propios pueblos. Por lo tanto, la cuestión social y la calidad de los liderazgos están íntimamente asociadas.

Un tercer elemento es claramente *la estabilidad institucional* de largo plazo bajo diversos tipos de regímenes políticos. Es necesario tener una suficiente estabilidad institucional para poder articular las respuestas al dilema.

Por último, el cuarto componente son *las ideas*. Ninguno de los países exitosos condujo sus políticas nacionales con la visión hegemónica de centro. Todos se manejaron siempre —desde los Estados Unidos en el siglo XIX siendo una nación emergente— con políticas fuertemente nacionales. Pasó con Japón después de la restauración Meiji y pasó después de la Segunda Guerra Mundial con las políticas heterodoxas de Corea,

Taiwán, China ahora y después la India. Entonces, como decía Prebisch, la existencia de un pensamiento propio es condición indispensable para poder encauzar los países por el camino del desarrollo.

Y nosotros, después de dos siglos de independencia, tropezamos con nuestra debilidad en términos de la densidad nacional de los países. Somos países fundados sobre la base de la fractura social, la dominación de los pueblos originarios, después ese fenómeno extraordinario de la esclavitud que caracteriza a gran parte de América Latina, después la avalancha emigratoria. Pero sí hubo un proceso previo a la incorporación del país al mundo, el de la concentración de la propiedad del recurso fundamental: la tierra.

Entonces es a través de la fractura social en el dominio de los recursos, sobre la base de la desigualdad, que nuestros países están fundados. Y esto significa que tenemos no solo que resolver los problemas de la actualidad sino también los de la historia. Esta situación de fractura social que lleva a que la región sea la más injusta en términos de distribución del ingreso tuvo su correlato en la inestabilidad política de largo plazo y en la existencia de liderazgos con estructuras políticas de acumulación de poder asociadas al centro hegemónico, como comisionistas, como participantes de estas economías en calidad de apéndices del sistema internacional, no como sistemas nacionales. Nos ha pasado muchas veces y creo que en alguna medida nos sigue pasando.

También nos sigue sucediendo en el tema de la dependencia teórica. Tradicionalmente el libre cambio fue hegemónico y las políticas de reforma estructural del Consenso de Washington que fueron aceptadas en mayor o menor medida por nuestros países ciertamente no fueron las que se aplicaron en Asia, en los países que han tenido este despegue extraordinario en las últimas décadas. Es decir, dos siglos después de la independencia seguimos con el tema de la necesidad de consolidar la densidad nacional de nuestros países, consolidar la cuestión social.

Por eso este último informe de la CEPAL sobre el tema de la igualdad, de la integración social, de la inclusión, es una condición indispensable para el proceso de desarrollo de América Latina. Es fundamental la consolidación de las instituciones democráticas que hemos recuperado con tanto esfuerzo en nuestros países, la formación y consolidación de un pensamiento crítico que fructifique no solo porque haya un vacío hegemónico de centro que va a volver a reaparecer en cualquier momento, sino porque somos capaces de construir un pensamiento original latinoamericano de desarrollo económico y social.

De tal manera que ese es nuestro desafío, consolidar la densidad nacional de los países en la inclusión social, en la calidad de los liderazgos, en la estabilidad democrática, en la consolidación de un pensamiento crítico y todo esto para poder hacer políticas de desarrollo en las que Raúl Prebisch, a veces con la incompreensión de alguno de sus discípulos, siempre puso tanto énfasis.

No es posible hacer políticas nacionales en el marco del desorden, es indispensable la solvencia fiscal, bajos niveles de endeudamiento, fortaleza en los pagos internacionales. Si no se tiene suficiente capacidad en el ejercicio soberano de la política económica no hay transformación posible y para poder tener políticas arraigadas en el interés nacional es preciso tener densidad nacional. En este punto, vuelvo a insistir, el pensamiento de Raúl Prebisch es muy importante porque él siempre puso mucho énfasis en este problema de la estabilidad, del equilibrio fiscal, de la consolidación macroeconómica.

Entonces, para concluir la respuesta a la pregunta que formulé inicialmente —qué validez conservan los tres grandes mensajes de Prebisch— creo que tienen más validez que nunca aunque él, con la colaboración de sus jóvenes compañeros de trabajo de la CEPAL, los formulara hace ya más de 50 años. Es necesario fortalecer el pensamiento crítico y no subordinarnos al pensamiento hegemónico. El neoliberalismo nos concibe como un segmento del mercado mundial. Tenemos que concebirnos como sistemas nacionales del desarrollo integrados en un esquema regional. Yaguaribe señala que de otra manera estamos condenados a ser apenas segmentos del sistema internacional. Y a veces con este fundamentalismo globalizador que ha contagiado a América Latina se ha producido en algunos segmentos del progresismo latinoamericano una cierta resignación en el sentido de que la globalización es tan abrumadora que lo único que podemos hacer es buscar algunos nichos donde acomodarnos. Ese no fue el mensaje de Prebisch. Aquí no hay ningún nicho que nos permita generar desarrollo e inclusión social. Aquí lo único posible es romper definitivamente la relación centro-periferia generando economías nacionales, capacidad de desarrollo y un nuevo estilo de inserción en el sistema mundial. De tal manera que esta primera conclusión de Prebisch acerca de la importancia decisiva del pensamiento crítico conserva aún más vigencia que en su tiempo.

El segundo mensaje es que la transformación es posible. Yo diría que Prebisch transmite un mensaje de esperanza. Tenemos los medios, la capacidad, los recursos, el talento necesarios como para construir el desarrollo. No hay factores externos que nos paralizen y que lo impidan.

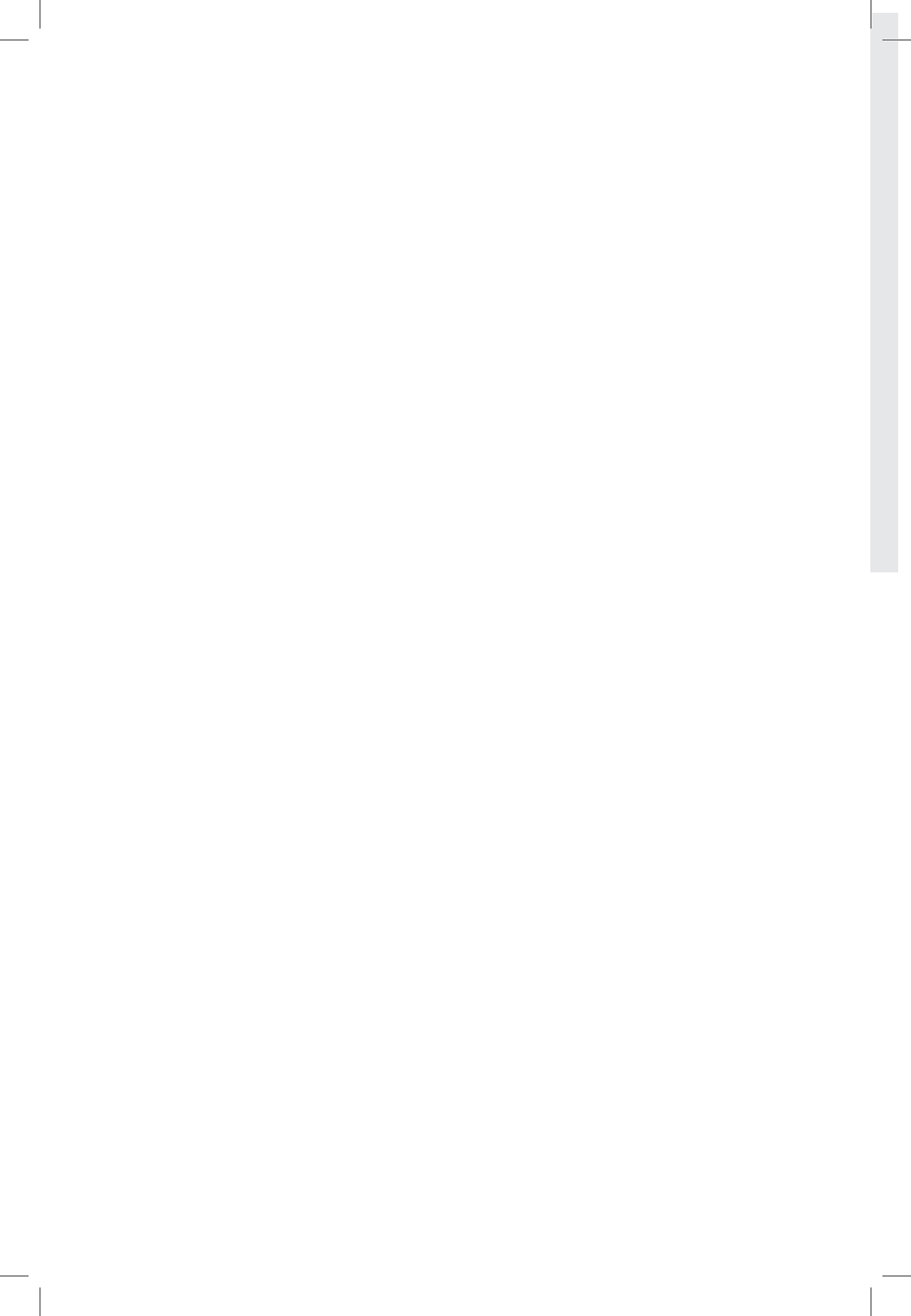
Por lo tanto, el mensaje de la transformación y de la esperanza está tan vivo como entonces. Y finalmente es clave recordar que no es posible el desarrollo sin un cambio estructural profundo que incorpore los sectores de frontera del conocimiento, la integración social, la vinculación, como se señala tan bien en este último informe de la CEPAL, las pequeñas y medianas empresas, las grandes empresas, la ciencia y tecnología, la educación, los problemas de estructura, la sinergia entre lo público y lo privado.

Y, por último, está la densidad latinoamericana. En realidad cuando uno observa el espacio regional, yo diría que estas categorías de la densidad nacional también tienen validez en el espacio regional. Cuanto más fuerte sean las densidades nacionales y los proyectos nacionales, más posibilidades hay de consolidar la densidad latinoamericana, las vinculaciones entre nuestros países, las redes de inversiones en las estructuras, en la ciencia y la tecnología, en los programas sociales, en el financiamiento del desarrollo y sabremos construir liderazgos nacionales, instituciones regionales capaces de integrar los procesos nacionales en un espacio más amplio.

Para todo esto, como para la densidad nacional, tenemos que concebir un pensamiento propio de la integración, un pensamiento adecuado a las realidades; abandonar las fantasías de reproducir en el espacio latinoamericano algunas cosas que pasaron en Europa y que ahora estamos observando que generan tensiones bastante complicadas. Nuestra realidad es distinta, la integración de nuestros países es distinta a la de nuestros espacios.

Debemos construir una estrategia de integración sobre la base de nuestras propias realidades y en este terreno hemos logrado avances probablemente más importantes que en el terreno político, de la concertación política de las diplomacias latinoamericanas, que en el campo del desarrollo económico. Pero de todas maneras ha habido también en el Mercosur y en algunas otras iniciativas avances considerables. La densidad latinoamericana es la formación en el espacio regional de estos componentes esenciales del desarrollo social, los liderazgos, la consolidación democrática y el pensamiento crítico.

Para concluir, creo que 25 años después del fallecimiento de Raúl Prebisch las ideas fundamentales que él desarrolló primero en Argentina y que propagó al resto del mundo con la colaboración de sus jóvenes amigos y compañeros de trabajo siguen más vigentes que nunca. Muchas gracias.



“Os efeitos da crise internacional na América Latina e as lições do caso para o Brasil”¹

Maria da Conceição Tavares

Economista y académica brasileña

Agradeço muito a honrada presença nesta manhã, para acompanhar-me numa reflexão que na verdade poderia chamar-se *Auge e declínio da globalização financeira*, que para substituir outro tipo de modelo econômico nos tardou mais de duas décadas.

Não podemos garantir que a economia dominante e a mais endividada do mundo, a dos Estados Unidos, vá perder sua hegemonia neste momento razoavelmente perverso, ao contrário do que foi no pós-guerra, onde houve uma hegemonia de consenso.

Quando estava escrevendo isto, todos estavam otimistas: *a crise internacional havia passado*, diziam! E até esta semana, evidentemente, não havia passado de maneira alguma, e agora mesmo está localizada no centro da Europa. Porém, como aconteceu nas grandes crises do século XX, o país que inicia a crise são sempre os Estados Unidos. A diferença é que durante o século XX, até os anos 80 e tantos, os Estados Unidos eram o país credor do mundo e hoje é o país mais endividado do planeta. E ainda assim, continua sendo uma potência suprema na economia mundial. O mesmo não se pode dizer da Inglaterra, que se endividou na Primeira Guerra Mundial e logo depois perdeu sua hegemonia. Houve um interregno de desordem, acredito

¹ Conferencia magistral dictada en la sede de la CEPAL, en Santiago de Chile, el 10 de mayo de 2010.

que haverá um agora também, e eu espero sinceramente que não haja mais nenhuma guerra, além das que já estão aí.

Quem começou com essa questão? Vocês devem se lembrar que os Estados Unidos são o país onde o pacto das oligarquias financeiras com o Estado é um pacto fundador, ou seja, o grande Estado americano do pós-guerra civil foi um Estado associado com os *Robber Barons*, com os “barões ladrões” e continuam sendo. A diferença é que não são mais chamados dessa maneira, porque não está mais na moda e porque o sistema financeiro tem uma linguagem mais sofisticada. Onde começou tudo isso? No setor financeiro americano, que é o mais poderoso do mundo. De acordo com quê? Com as políticas neoliberais do Estado norte-americano que começaram na década de 80, e continuaram ainda mais fortes na década de 90, com Clinton. Não sei por que não se acusa Clinton. Na verdade, o ex-presidente Clinton e seu diretor do FED, Greenspan, têm muita culpa nesta questão. Além de liberal, jogou com a economia americana e a mundial, obviamente levando ao endividamento das famílias, do sistema financeiro, e do Estado. Isso não podia continuar. Toda a liberalização e a doutrina são originárias da década de 80, liderada pelos conservadores. Mas a prática dessa doutrina, a completa falta de regulação do sistema bancário, se deve a Clinton. A única vez, no século XX, em que se rompeu o pacto entre a grande burguesia industrial e a grande burguesia financeira, foi na crise de 30, mas com Roosevelt. Por isso ele era tão mal visto pela área financeira e jornalística local. Antes disso, a doutrina era liberal também.

A manifestação da crise começou já em 2007, com a implosão da Subprime. A Subprime é uma maravilha! Uma invenção realmente demoníaca! Pois, uma coisa é fazer investimentos financeiros, outra coisa é fazer títulos do mercado secundário imobiliário tóxicos, ou seja, fraudados. Isso é uma invenção... E pior, totalmente institucional! A esses instrumentos que deram lugar aos títulos tóxicos, chamaram de *SIV* [*Structured Investment Vehicle*]. Deram a eles uma securitização especial em nível de derivativos sem precedentes. Houve uma securitização em série. Como esses instrumentos foram distribuídos entre as instituições financeiras mais importantes, os principais bancos foram afetados por uma exposição extremamente forte. A isso chamamos de *alavancagem*, uma relação entre crédito e patrimônio, absolutamente desmesurada. Eles reagiram a esta crise do setor imobiliário fazendo um violento aperto, um *credit crunch*, sobre o crédito e os investimentos. Resultado: o mercado interbancário, submetido a essa pressão, propagou a crise em todo o sistema, o que levou à quebra do maior banco de investimentos dos Estados Unidos, senão do mundo, que era o Lehman Brothers, em setembro de 2008.

Aí, sim, o FED finalmente teve que intervir, porque o Tesouro americano não tem autorização para interferir no sistema financeiro, tampouco tem autorização para aceitar, pelo valor de face (o que já não é de forma alguma o valor de mercado), títulos que são podres. Então, o FED substitui o Tesouro americano. No auge da crise, que foi de setembro de 2008 a setembro de 2009, emprestou em 6 meses, cerca de 2 trilhões de dólares, aceitando como garantia desses empréstimos o valor nominal dos títulos podres e injetando, além disso, liquidez em todo o sistema bancário, à taxa zero de juros real. Isso realmente impediu uma catástrofe. Apesar de eu não morrer de amores pela oligarquia financeira americana, nem a esquerda em geral, nem ninguém, se atreve a dizer que se deveria deixar quebrar todo o sistema bancário, porque não sou moralista. Reconheço que é imoral a maneira em que o sistema funciona. Sim, é imoral. Mas quando o sistema é derrubado, não são os imorais que pagam, o povo paga. O problema é a assimetria de poder que está implícita no sistema. Eles ganham, e quando quebram, perde o povo. Então, não é uma combinação satisfatória.

Poderíamos supor que as coisas iam mudar com o novo governo de Obama, mas não aconteceu nada disso. Em primeiro lugar, porque a equipe econômica do Obama é a mesma equipe econômica dos governos anteriores, que já vem desde a época do Clinton, diga-se de passagem. Não é uma equipe que vem do governo Bush. Trata-se de uma equipe conservadora, plenamente instalada em Washington, que fazia a ligação com o sistema de expansão financeira. Isso por um lado. Por outro lado, porque o Congresso, obviamente, tem maioria republicana. Por isso, recusou-se a fazer o que ele havia proposto como sendo uma regulação bancária. No Congresso não passa nenhuma proposta de regulação bancária. Terão que esperar as próximas eleições para o parlamento, que acontecem a cada dois anos. Aí, sim, pode ser que no último período de Obama se possa fazer uma regulação nacional dos Estados Unidos. O Congresso veta qualquer regulação que implique em tirar o dólar do seu papel superior no mercado. Ou seja, não há nenhuma possibilidade de que os Estados Unidos apoiem algo do estilo de Bretton Woods, não há nenhuma possibilidade. Eles não querem. Eles querem o câmbio flutuante, flexível, e que eles imponham as regras de funcionamento do mercado monetário mundial. Coisa que os demais Estados não querem. Então, obviamente, não há acordo.

Todo esse empréstimo gigantesco do governo, mais a recessão e mais as políticas anticíclicas fiscais de 2009, fizeram com que o déficit fiscal americano alcançasse 10% do PIB, que só não é mais escandaloso, porque os da Europa são maiores. Em particular da Inglaterra, Espanha, Itália, etc. Bem, da Grécia não há nem que comentar. Então, em matéria de escândalo,

disputam os dois continentes. E o paradoxal é que não poderia ser assim na Europa, porque pelo Tratado de Maastricht, não se poderia fazer déficits fiscais maiores que 3% do PIB e tampouco se poderia expandir a liquidez, porque o banco central europeu é o mais ortodoxo que existe. O que acontece é que ele não tem lastro sobre o mercado bancário propriamente dito. Esse é o problema. É muito claro pra mim, que eles são ortodoxos. Sim, mas ortodoxos ou não, se o mercado bancário por si mesmo quiser expandir o crédito, expandiria, e expandiu. Até quando? Até que arrebentou, e aí aconteceu o mesmo que nos Estados Unidos.

Agora, esta situação cria um problema para os Estados Unidos, ainda mais dramático do que para os demais, porque o Obama se propôs a fazer duas coisas. A primeira é no sentido aumentar o *Welfare State*, o Estado de bem-estar social. Esta é sua proposta de política de saúde, que a duras penas e com muitas mudanças, acaba de ser aprovada no Congresso. A segunda proposta está dirigida a interromper o *War State*, o Estado Guerreiro, que não foi aprovada. A diferença é que Obama não tem a ideologia guerreira de Bush. Claro, é uma pessoa simpática, democrática, etc. Mas na prática, o complexo militar industrial americano funciona automaticamente, ou seja, dá no mesmo. Ninguém no complexo guerreiro, nas forças armadas americanas e no Pentágono obedece a nenhum presidente. Obedecia ao presidente guerreiro, que foi o ator, lá nos anos 80, mas não aos outros. Então, aqui também temos uma contradição, porque com um déficit fiscal desta monta, uma recuperação que começou recentemente, e que vamos ver quanto tempo durará. Como se vai financiar as duas propostas? Em meu juízo, isso é muito difícil. Obviamente, dada a situação, temo que uma vez mais, o *Welfare State* e as políticas de igualdade, que nunca foram muito claras, sejam prejudicados.

Isso é para que vejam que às vezes pode haver um candidato progressista, que não seja fascista. Aconteceu no Chile. É uma pena que se diga que a esquerda tampouco conseguiu desfazer os malefícios do neoliberalismo. Não conseguiu. Mas foram muitos os malefícios e duraram 20 anos! É difícil desfazê-los. Quando começaram a tentar, no caso da América do Sul, também começa a titubear o apoio da população, sobretudo da classe média, que se tornou muito conservadora. Aqui, assim como no Brasil, Argentina, México... O impacto ideológico do neoliberalismo foi muito forte nas classes médias. O individualismo, o consumismo, a questão de não cooperar, não planejar, desfazer, etc. É por isso que pelo menos em nível ideológico, essas classes médias se opõem aos fatos, e sua representação no Congresso, se opõe às mudanças.

Bem, por todas essas razões fiscais, financeiras, etc., o dólar sofreu uma enorme desvalorização durante os 3 anos que durou a crise. Mas se mantém como moeda dominante de reserva bancária. Claro, há protestos dos países árabes que não o querem. Já estavam caminhando para o euro, só que o euro também não vai bem, e eles não sabem pra onde caminhar. Provavelmente, outra vez irão pelo petrodólar. Os países árabes e a América Latina protestaram, obviamente, e todos os demais países do G-20, salvo os Estados Unidos. E todos propõem uma reforma financeira global que tenha uma nova ordem, mas com o veto dos Estados Unidos, não acontece nada. Como não aconteceu nos anos 70, 80 e 90 também. É divertido, porque sempre que há uma crise, o FMI tem uma teoria de reforma que é boa, mas as políticas de estabilização são ruins, e continuam tão esquizofrênicas quanto eram, isto é, são as de sempre. Essa contradição continua muito presente.

Por outro lado, obviamente, os Estados Unidos podem financiar a si mesmos com moeda fraca ou forte, dá no mesmo. É fraca, sim, claro! Mas os títulos do Tesouro americano continuam sendo de confiança do mercado financeiro. Mediante qualquer turbulência, por mínima que seja, todos correm para o dólar. Agora, a que está acontecendo na Europa, não é tão mínima. Foi assim que começou a corrida para o dólar, que levou à sua valorização, além do fato da China e do Japão, em conjunto, acumularem reservas financeiras em suas bancas centrais de mais de 2 trilhões de dólares. Então, o dólar está financiado pela Ásia em nível de governo; e em nível de mercado, o sistema financeiro, frente à menor turbulência nos mercados secundários, corre para o dólar.

Os DES, os Direitos Especiais de Saque do FMI, não alcançam sequer 10% da circulação monetária do mundo, de maneira que tampouco dá para substituir dólares pelos DES. Na verdade, para substituí-los pelos DES, Japão e China teriam que converter 2 trilhões em DES, mas é claro que isso os Estados Unidos não aceitam, porque assim arrebentaria o governo americano. Então, não há nenhuma nova ordem internacional à vista, e sim, um novo tipo de desordem global, com grandes desvantagens; mas com a vantagem de reforçar a política multilateral dos países periféricos de mais importância. Se não fosse por isso, obviamente, não haveria BRIC's e o Brasil não seria considerado, com seu governante Lula, um dos países e um dos gestores políticos mais importantes do mundo no ano passado. Isso nunca ocorreu no Brasil, e muito menos com Lula, imaginem! Ele pode ser uma figura mítica, folclórica, mas ainda assim não é para que o *The Economist* ou a *Time* o proclamem, digamos assim.

Essa situação vai ser de desordem. Que significa isso? Significa, pelo menos, uma situação de maiores contestações. Não quer dizer que os governos vão fazer o que quiserem, como no neoliberalismo, sem protesto das organizações da sociedade civil ou pelo menos dos trabalhadores. Significa uma situação financeira mundial, que continua muito instável e que continuará assim, com frequentes *bolhas* e alguns *crashes* nos mercados de ativos. Então, as bolsas, o câmbio e toda esta confusão vão continuar. Vão continuar porque não há um sistema, porque o câmbio não é fixado. Com exceção da China, que o fixa quando lhe convém e o fixa ao dólar, e quando não lhe convém, não o faz; os demais países não têm nenhuma chance de fazer o que querem com o seu câmbio.

Além disso, devemos nos perguntar se o que se faz com os 600 trilhões de dólares em derivativos financeiros, que em 2008, ainda depois da crise, circulavam no mundo, para um PIB mundial de apenas 65 trilhões. Têm-se um PIB de 65, derivativos *voando*, sem nenhum controle, no valor de 600 trilhões. Estou falando de derivativos, não estou falando de dívida primária, que é menor, claro! É de cento e poucos bilhões. Os derivativos são uma loucura, porém essa é uma situação que não tem precedente histórico, ou seja, é muito fácil dizer que vamos fazer uma reforma. Sim! Mas os mercados secundários foram se estendendo e se aprofundando mundialmente, resultando nesse fenômeno de acumulação da riqueza financeira acima de qualquer sustentação produtiva. O investimento produtivo caiu, a produção não cresceu muito, mas a acumulação financeira foi uma barbaridade! E isso, obviamente, trás problemas para se desenhar uma reforma. Aqui na CEPAL, o primeiro que pensou nisso foi o nosso antigo Secretário Executivo, o colombiano José Antonio Ocampo. É um homem muito inteligente, e o que ele propõe tem valor moral, mas o problema é quem executa a reforma. No meu entendimento, nenhum país, individualmente, pode fazer uma coisa dessas. Pode fazer em sua defesa, mas as instituições multilaterais, o Fundo Monetário Internacional e o Banco Mundial não têm recursos, nem estrutura, pois são instituições velhas para fazer isso.

Provavelmente, a reforma será feita de crise em crise, por partes, marginalmente, eu imagino. Isso porque uma reforma global profunda, a menos que haja um desastre colossal, seria muito difícil de ser executada. Posso garantir que a confusão ideológica pode continuar. O que não pode continuar, e por isso me refiro ao declínio, são os padrões de desenvolvimento que deram vez a esta crise, por causa dos problemas de desequilíbrio estrutural, fiscal e de balança de pagamentos, tanto nos Estados Unidos, quanto na Europa. Já não se trata de conjuntura. Isso por um lado. Por outro lado, tampouco é possível que as relações contraditórias de amor e ódio

entre Estados Unidos e China continuem. É muito complicado, porque era uma relação de mútuos benefícios, e agora, não mais. O consumo e o gasto público não podem mais, obviamente, ser o motor do crescimento com esta situação, sem falar nas altas taxas de endividamento das famílias.

Eu não estou tão pessimista quanto à América Latina, ao contrário, eu estou muito otimista, porque pela primeira vez estamos passando por uma crise mundial e não nos aconteceu tanta coisa assim! Ninguém quebrou! Não fomos pedir ajuda ao FMI! Não estamos tão mal. Vale ressaltar que há países que não têm nada a ver com os Estados Unidos, nem com a crise da Europa. Isso é o divertido. A Argentina não entrou em crise, porque está com seu comércio internacional direcionado à Ásia e África. Há muito tempo não tem nada a ver com os Estados Unidos. Desde que rompeu a moratória, rompeu as relações com o sistema financeiro internacional. Isto não a afeta. Tampouco afetou a Bolívia e isso é o mais divertido! Bolívia e Argentina, quem diria? Não tiveram recessão. Portanto, nem o consumo, nem o gasto público podem ser motores de crescimento americano, nem dos países desenvolvidos. Assim, a China não pode continuar contando com a abertura da economia americana, que por sua vez, não está disposta a deixar que os invadam com produtos de má qualidade a taxas de câmbio distintas das que eles querem. Resta-lhe aumentar, com sua política agressiva comercial, a concorrência na Ásia e no terceiro mundo. E já estamos vendo isto.

E nesse particular, nesse momento, o adversário de curto prazo é a China, não são os Estados Unidos. Aqui, no cone sul, com exceção do Chile, a bem dizer. O Chile é sempre uma raridade, porque sempre me surpreende! Peço perdão aos chilenos. Sou otimista em relação ao Chile, que apesar de ser um país bastante avançado, tem uma situação bastante particular. Mas, claro que a China tem a possibilidade de uma expansão econômica cada vez mais direcionada ao seu mercado interno. Porém, não podemos esquecer que a desaceleração industrial deste país decorreu-se do comércio, ou seja, não se pode chegar às taxas de 10% do PIB e mantê-las apenas com o mercado interno. E nem é desejável, pois resultaria numa confusão em matéria de desemprego, de má distribuição de renda. Poderia ser um desastre também. Quando se tem uma população rural tão gigantesca como na China, tem-se que cuidar do interior, senão veem todos para as metrópoles e é uma desgraça, da qual temos experiência histórica na América Latina.

A Europa, neste momento, é o continente mais problemático, por razões tanto monetárias, quanto fiscais. A arquitetura de Maastricht e do euro está ameaçada e não pode ser superada, insisto, em nível de Estados nacionais. A questão não será resolvida simplesmente porque aumentaram

a ajuda. Tem-se que afrouxar os critérios de Maastricht. O problema está em determinar se será possível resistir ao afrouxamento destes critérios com uma moeda única. Critérios esses, que eram precondições para a mesma moeda. Essa é a dúvida.

Bem, os impactos produtivos da crise só não foram fortes no Japão, com uma queda de -5.8% em 2009. Na zona do euro, tivemos 4% por cento de queda, e os Estados Unidos, que se recuperou muito rápido, teve uma queda pequena de 2.5%. Já estão contentes porque subiu o emprego. Mas como o setor financeiro odeia o produtivo e o emprego, não querem emprego. Pois quando há emprego, cai a bolsa. Trata-se de algo pouco original, vamos dizer assim.

O problema do México, óbvio, não tinha como ser evitado, pois 80% da sua atividade comercial, financeira e produtiva dependem dos Estados Unidos. Vale o provérbio: “tão perto dos Estados Unidos e tão longe de Deus”. Deus, francamente não é mexicano. Esse é um deus vingador, um deus sangrento, digamos assim. Os deuses do Brasil, como vocês sabem, são mais benevolentes, assassinam com elegância e, além disso, assassinam sambando, o que é mais simpático.

Temos lido nos jornais atualmente sobre um novo fundo na Comunidade Européia para enfrentar a crise dos países mediterrâneos. Contudo, ainda não posso dizer qual será o efeito real disso. O FMI também colocou dinheiro nesse fundo. Tudo tem que ter a regulação do FMI, para evitar o contágio dos mercados e isso me irrita! Então, senhores, eu tenho muitas dúvidas quanto a esta questão, porque eu diria que é impossível conseguirem fazer mais do que foi feito pelo governo americano para impedir o contágio da sua crise bancária. Gastaram trilhões e trilhões e não o impediram, porque o sistema bancário está infestado de instrumentos derivativos que são absolutamente estéreis. Como sempre, o contágio começa nos mercados futuros, que são derivativos. Afeta o mercado futuro de petróleo e todos os mercados futuros, incluso os de matérias primas. Então, não se pode dizer que não haja contágio.

Os mercados se organizaram de uma forma, que não é de maneira alguma, a forma canônica de capitalismo. Este é um capitalismo que está no ar, digamos, que está se envenenando, que não é sustentável. Não é apenas o planeta que não é sustentável. O capitalismo está como o planeta, não é sustentável. Porque à menor perturbação do mercado, todos se põem de cabelo em pé! Uma crise na Grécia não deveria pôr as bolsas de valores do mundo inteiro de cabeça para baixo. Mas, põe! Põe, porque estão todos sempre muito ariscados, porque sempre têm uma relação entre créditos

fantasmas e patrimônios fantasmas que são inconvenientes, ou seja, essa globalização financeira se fez de tal forma, que a sua crise parece realmente definitiva. O padrão de acumulação da riqueza deveria mudar. Nesta forma fica difícil. Para isso, seria necessário que nos fóruns mundiais os países se pusessem de acordo em uma proposta comum de regulação montaria e financeira, mas isso não está acontecendo. O diretor do FMI é europeu, espero que na reunião do G-20, e do G-7 ampliada, voltem a essa questão.

Na América Latina, já disse que o México foi o mais afetado, e em ordem de vulnerabilidade seguem os países do Caribe, alguns mais que outros, e a Venezuela. Porque a ideia das pessoas é de que a Venezuela não tem relações com os Estados Unidos. Perdão, não tem relações diplomáticas boas, mas têm relações comerciais poderosas. É o país que mais exporta petróleo para os Estados Unidos. A Venezuela não exporta petróleo para a Europa e sim para os Estados Unidos. E como o preço e a quantidade caíram, obviamente houve uma crise forte. A Bolívia e a Argentina não têm relações financeiras e comerciais importantes com os EUA, por isso, não foram afetadas. A propagação desta crise não se deu somente via comércio, deu-se, sobretudo, pela via da intermediação financeira e do “credit crunch”. Houve um aperto no crédito. Nós somos muito internacionalizados em termos de crédito, a grande empresa, sobretudo, não apenas as exportadoras. Todas estavam endividadas em dólar, então, quando tudo aconteceu, obviamente, os mais endividados foram os mais afetados. Os que tinham reservas financeiras e os que já tinham pagado a dívida, como o Brasil, foram menos afetados. O Brasil praticamente não teve recessão. Teve uma recessão técnica, porque durou mais de 3 trimestres. Porém, a partir do segundo semestre de 2009, se recuperou muito rápido. Entrou outra vez em expansão.

A nova crise europeia incomoda mais ao Brasil do que ao México, porque o México tem poucas relações financeiras e comerciais com a Comunidade Europeia. Esta retração do crédito internacional afetou não apenas as exportações e o comércio, mas a expansão interna do crédito bancário, apesar do sistema financeiro central da região ter usado políticas de ampla liquidez. Todos os países proveram liquidez às suas bancas. O sistema financeiro latino-americano já estava saneado, porque havia quebrado na outra crise. Quem tem bancos públicos importantes, e um mercado interno importante, conseguiu suprir o crédito privado doméstico como foi o caso do Brasil.

Outra questão muito citada no relatório da CEPAL de 2010 é o fato de o crescimento da demanda interna em toda a América Latina ter alcançado, em 19 países mais importantes, uma média de 5% no período de 2004-2008, suavizando um pouco a crise. Isso é que irrita, porque estávamos finalmente entrando em um ritmo de crescimento que poderia ser sustentável. Crescer

a 5% de média é uma boa meta para a América Latina em seu conjunto. Isso, obviamente, segurou um pouco os níveis de consumo que estavam muito altos. Os investimentos, as exportações, etc. caíram.

É curioso, a Argentina teve uma crise forte na produção agrícola, mas não chegou à recessão. O Chile teve uma crise forte na mineração, e uma crise fiscal inclusive. Teve uma recessão, mas não muito forte. E o Brasil teve uma retração industrial fortíssima, porque os 4 anos de auge deram lugar a um investimento na indústria muito amplo, a capacidade ociosa da indústria cresceu muito e isso afetou a taxa de investimento em geral. A CEPAL também estava otimista como eu, porque no relatório demonstra que a média da América Latina em retração foi de 1,8% e as previsões para 2010 eram de que o crescimento poderia chegar em média a 3%. Não tenho ideia do que vai acontecer, porque não tenho claro ainda o que vai resultar do impacto europeu, na própria Europa, e em segundo lugar, o que vai resultar do comércio internacional com a Europa, que é importante para os países da América do Sul, mas não tanto para o Caribe e o México.

A rápida recuperação restabeleceu, naturalmente, o acesso aos mercados financeiros. Isso é uma dependência, é uma espécie de droga. Se tudo vai bem, entra capital. O que é péssimo para a sobrevalorização das moedas, porque entra tanto dinheiro que sobrevaloriza, depois sai dinheiro e desvaloriza. Então, é uma gangorra meio esquisita. Como desvalorizou rápido, recuperou rápido e entrou de novo. E todos pedem recursos, tanto as grandes empresas privadas, quanto as grandes empresas estatais. A Petrobras também pede recursos, porque os atuais investimentos na América Latina têm um componente de infraestrutura muito alto. O Chile vai ter que pedir, com esse terremoto, como não vai pedir? Como vai financiar a reconstrução? Tem que pedir.

O desemprego na América Latina, ao redor de 1%, não foi brutal. Porém, aqui temos uma coisa que consideramos ocupação informal, como emprego. Essa é a questão. O Brasil é um caso especial, porque como estamos com uma política laboral muito ativa no governo de Lula, em plena crise conseguiu-se aumentar o emprego formal no setor privado. Isso se deve ao apoio dos sindicatos ao governo. Sejam claros, quando não há apoio dos sindicatos ao governo, não é possível fazer nenhuma política laboral consistente. É difícil. Espero, sinceramente, que no Brasil possamos ganhar as eleições. Não que eu pense que o José Serra [candidato ao governo do Brasil pelo PSBD, partido opositor ao PT, do atual presidente] não seja bom economista. Não é questão de ser bom ou mau economista. O problema é que quando há tendências à instabilidade, requer-se o apoio de forças aliadas ao governo. Ainda assim, em toda a América Latina, e isso vale

para o Brasil, a taxa de desemprego cresceu, sobretudo, nas metrópoles. Nesse aspecto, o Brasil leva uma desvantagem considerável, porque temos muitas metrópoles, um país continental, etc., enquanto que outros países da América Latina têm, em geral, uma metrópole.

Dos componentes da demanda agregada, as exportações caíram 23%%; investimentos, mais de 15%; consumo privado, apenas 1,3%%, portanto, o que sustentou a América Latina foi a situação do consumo. E no nosso caso, o consumo é uma via de crescimento, já não é para os Estados Unidos, mas para China e Índia, continua sendo. Os países em desenvolvimento continuam podendo ter um padrão de crescimento em que o consumo o empurre. Os outros não podem. Para eles o setor privado tem que resolver investir de novo produtivamente (não sei se o farão ou não). A situação da balança de pagamentos piorou em fins de 2008 e em 2009. Não só por causa do comércio exterior, insisto, mas pela deterioração da contas financeiras, fugas de capitais voláteis, aumento das remessas de lucros, diminuição no envio de remessas dos residentes no exterior para os países. Isso no México é sinistro. Com a recuperação da economia a situação começou a melhorar e há uma retomada de créditos e investimentos.

Agora, poucas palavras sobre o Brasil em comparação com os maiores países da América Latina. Na recuperação de curto prazo, estamos em melhores condições porque temos um mercado interno muito extenso, uma recuperação muito acelerada do consumo das classes de mais baixa renda, graças a uma política continuada de crescimento do salário mínimo, mesmo no auge da crise. Creio que foi o único país que no auge da crise subiu deliberadamente o salário mínimo. Esta questão é muito heterodoxa. Ampliação substantiva do crédito ao consumo. As classes mais baixas não tinham crédito, mas como temos bancos públicos, obviamente, podemos financiar tanto o consumo, quanto a moradia popular através da Caixa Econômica Federal, do Banco do Brasil. Para investimentos nas pequenas e médias empresas há o BNDES. Como disse, paradoxalmente, há credibilidade internacional.

Não sei o que leva a dizerem que continuamos o programa do Fernando Henrique Cardoso. Não é verdade. Não continuamos porque o programa dele teve outras implicações que não têm a ver apenas com a política macroeconômica, tais como as privatizações, a educação, etc. Enfim, o processo das privatizações no Brasil foi muito rápido. Tanto na Europa, como nos demais países da América Latina, aqui no Chile, por exemplo, esse processo tardou vários anos. Começou muito cedo e demorou vários anos para se reequilibrar. No Brasil começou na década de 90, com o governo Cardoso. Ele teve o privilégio de fazer em 4 anos, o que a Sra. Thatcher levou 14, em matéria de privatização. Convenhamos que se trata de um recorde!

Vantagens em longo prazo: recursos naturais, sobretudo, fontes de energia, tanto as renováveis, como agora as novas reservas de petróleo (que tomara não nos prejudique no futuro), o famoso *Pré-sal*, localizado na faixa marítima continental, muito ao fundo. Esta é uma questão que, se bem administrada, pode resultar bem como no caso da Finlândia, num fundo de seguridade com as reservas petrolíferas, e com isso ajudar na educação e nas questões sociais. Se administrarmos mal, nos tornaremos petroleiros, o que realmente não nos faria falta neste momento da história, seria receber a maldição petroleira. Mas não creio que isso poderia acontecer. A não ser que tomasse o poder a extrema direita, coisa que no Brasil não se vê de forma alguma. A extrema direita realmente está liquidada, o que não aconteceu em outros países. À direita foi oferecida a opção de centro-direita, à esquerda, a opção de centro-esquerda. Todos se moveram em direção ao centro, e com isso, a direita não tem nenhuma função no Brasil.

Outra vantagem que o Brasil tem sobre a América Latina é que sua industrialização já completou as duas etapas da revolução industrial, e já entrou na terceira, que é a da tecnologia da informação. Graças à Deus, o neoliberalismo no Brasil, em matéria de desindustrialização, durou pouco, durou o período de Fernando Henrique Cardoso. Enquanto isso, na Argentina, no Chile e no México durou muito. E aí, não há indústria que agüente, está claro, ou não?! Se você tem uma indústria, menos desenvolvida que a dos países centrais, e a submete por décadas a uma política recessiva ou de constrição de crédito, ela não agüenta. No Brasil, durou apenas 8 anos, não 20, com 20 fica difícil. Claro que o Chile se especializou em outro tipo de indústria, porque as que existiam não eram muito adequadas. A Argentina não conseguiu agüentar a indústria que tinha antes, que era inclusive mais desenvolvida que a do Brasil; agora, não mais.

Há uma coisa que é muito boa para a população em geral e não ocorre na maioria dos países da América Latina, que é a existência de um sistema público de seguro social com uma cobertura de mais de 80% da população. Por mais que haja propaganda do sistema financeiro pela privatização do seguro social (somente a classe média alta tem seguridade social privada), não funciona. É caro e muito ruim. O sistema da saúde do Chile, que começou nos anos 50 e foi um dos melhores do mundo, arruinou-se por uma política bárbara de privatização de tantos anos. No Brasil, além disso, temos uma política de saúde universal, com cobertura para todos. Às vezes, os ricos que têm seguro privado vão aos hospitais públicos e pagam para ter atendimento antes dos pobres. Isso sempre acontece. Privilégios dos ricos estão em qualquer parte.

Os efeitos disso sobre a distribuição de renda no Brasil é que foram muito importantes, porque o piso do sistema de seguridade social cresceu com o salário mínimo, o que quase mata do coração os economistas ortodoxos no Brasil. Eles não aceitam isso, por causa do déficit, etc. O déficit é grande em qualquer lugar! Na Europa, nos Estados Unidos, no Chile, o sistema privado também entrou em déficit! Tem que ser um governo de esquerda para agüentar esse sistema. É uma briga permanente com os economistas. A taxa de juros do Brasil é a mais alta da América Latina e do mundo, assim como a taxa de referência do Banco Central e as taxas ativas do setor privado, que são um absurdo! No Brasil o crédito ao consumo se resolve com o parcelamento que se prolonga no tempo de pagamento para compensar a taxa fortíssima de juros. As nossas taxas (que são as mais altas do mundo) levam também a câmbio excessivamente valorizado. Creio que o Brasil foi o país que mais valorizou o câmbio na América Latina. É o paraíso do rentismo, o que é uma contradição com as políticas sociais distributivas. Por um lado, você melhora a renda dos mais pobres, (salário e seguridade social). Por outro, continua o rentismo para os ricos, que não está registrado nas estatísticas de distribuição de renda. Aí sim, o Brasil aparece melhorando muito na distribuição de renda. O que é verdade na escala salarial, mas não é verdadeiro na renda total, tenho certeza, porque simplesmente não há estatísticas da riqueza da classe mais alta da população. Quase não as há em nenhuma parte do mundo.

A desvalorização cambial no Brasil foi pequena durante a crise e logo voltamos a valorizar. Assim, nós temos um problema dramático: como somos parceiros comerciais muito importantes da China (já exportamos mais para a China do que para os Estados Unidos), e como os chineses estão atrelados ao dólar que se desvaloriza e têm políticas comerciais muito agressivas, estão nos deixando numa situação muito difícil, assim como a Argentina; quanto ao Chile, não sei. Estão dificultando a situação dos Estados Unidos também, mas eles se defendem mais facilmente à custa dos outros. Convenhamos que além do imperialismo americano ter a ameaça do imperialismo chinês não está no horizonte da minha felicidade!

Temos também o problema dos espaços metropolitanos caóticos. Para se fazer planejamento urbano requer-se uma coordenação permanente, o que é muito difícil, entre Estado e sociedade em todos os níveis. Isso é um problema permanente do Estado, não pode ser apenas problema de governos, porque cada governo inventa a urbanização que quer e começa um programa, o outro começa outro e não vamos a lugar nenhum. Isso no Brasil é muito problemático, é problemático em toda América Latina, mas no Brasil é mais. É muito mais complicado do que na Argentina, no Uruguai,

que têm apenas uma metrópole mais estabilizada. Enquanto o Brasil tem mais de dez metrópoles em crescimento acelerado.

A recuperação da infraestrutura tem de responder a dois problemas: corrigir os efeitos malignos das privatizações aceleradas recentes e responder aos requerimentos do crescimento, que se voltaram outra vez para fora e para dentro. Portos e ferrovias, que antes não se necessitavam, porque fazíamos tudo pelas estradas, agora são muito importantes. Temos uma infraestrutura muito cara que também requer cooperação entre o setor privado e o Estado. Mas essa é quase automática. Os Estados e os construtores têm uma tradição na América Latina de jogar juntos, às vezes com corrupções notórias. Para mim, nestas questões, com perdão da palavra, não sou moralista. Tem-se que fazer a infraestrutura, claro que tem que ter controle público, mas da logística e da eletricidade não se pode absolutamente abrir mão, porque quando se abre mão, não há espaço para o desenvolvimento. Não adianta dizer que a América Latina vai crescer a 5%, porque isso não será possível a menos que se resolva os problemas de infraestrutura logística e energética. Para concluir, porque já falamos muito. Esses problemas cambiais, competição e os traços mais profundos da heterogeneidade estrutural são muito comuns na maioria dos países da América Latina e terão de ser enfrentados com decisão. O outro grande objetivo de futuro, que terminaria com o subdesenvolvimento e o caminho da igualdade.

Li a proposta da CEPAL para o XXXIII Período de Sessões. Devo dizer que esta também é a minha proposta para o Brasil. Vou traduzi-la para o português, colocar o nome da nossa candidata, e adotá-lo. São políticas que se tem de manter em longo prazo. São políticas de Estado e de Sociedade que valem para todos os países, mas que seguramente valem muito bem para o Brasil. O título é a *Hora da Igualdade*, este é um presente de partir meu coração, e como subtítulo, *Brechas por fechar, Caminhos por abrir*. Essa é uma plataforma conveniente, é uma grande mudança em relação as propostas mais frouxas da “Equidade”.

Finalmente, quero dizer que, como nasci na crise de 30, estava pensando em morrer nesta. Contudo, parece que não vou morrer em nenhuma crise! Ao menos no meu país e em outros da América Latina tenho a esperança de viver um novo paradigma em que, agora sim, a *igualdade* não seja apenas uma palavra de discurso, mas que seja de fato uma prática. Chegamos tão longe na desigualdade, que agora é a hora da igualdade. Acredito que há um reconhecimento, pelo menos verbal, dessa necessidade. Nem mesmo a direita mais dura se atreve a dizer que não se deve combater a desigualdade. E agora, não é uma hora ruim. Estou muito alegre hoje, vim em uma boa hora.

“Poder, Estado y socialismo en la Bolivia contemporánea”¹

Álvaro García Linera

Vicepresidente del Estado Plurinacional de Bolivia

Muy buenas tardes a todos. Permítanme saludar, muy respetuosamente, a Alicia Bárcena, Secretaria Ejecutiva de la CEPAL, a Andrés Solimano, Director de FLACSO, a nuestro cónsul de Bolivia en Chile, Walker San Miguel, a los miembros diplomáticos que nos acompañan, a los profesores y académicos. Quiero agradecer la invitación que me hizo FLACSO para venir a dialogar a Chile y también a la CEPAL, que ha hecho posible mi recepción en este escenario tan lindo y agradable.

En esta conferencia, en la que hablaré sobre Bolivia, voy a intentar introducir una serie de conceptos y categorías que hemos ido produciendo a lo largo de estos años, que nos permiten interpretar un proceso político, cultural y económico como el boliviano. Le pedía nuestro cónsul compañero Walker, que mi intervención se titulara “Poder, Estado y socialismo en la Bolivia contemporánea” para poder realizar una articulación entre reflexiones sobre la realidad contemporánea boliviana, y categorías que pudieran servir para interpretar también otras realidades.

Mencionaba muy bien Alicia en su generosa introducción que el tema del Estado ha vuelto a ser planteado en el debate académico. Hay una especie de retorno de la temática estatal en las ciencias sociales aunque

¹ Conferencia magistral dictada en la sede de la CEPAL, en Santiago de Chile, el 24 de junio de 2010.

también los políticos, las personas involucradas en funciones públicas, nacionales o internacionales, la estamos abordando. No es casual, que en un reciente documento, la CEPAL también la incorpore, reivindicando la presencia de un Estado fuerte justamente para enfrentar los temas de igualdad². En este acercamiento a la temática del Estado, como siempre, se presentan al menos dos grandes lecturas. Una primera, que señala que los Estados (tal como los conocimos desde la paz westfaliana que definió una interdependencia y una relación entre ellos), estarían en proceso de extinción, dando lugar a Estados más grandes, regionales o continentales. Quienes sostienen esta lectura de disolución o pérdida de gravitación de los Estados argumentan que esto vendría de la mano de crecientes procesos de autorregulación de los mercados y de la construcción de una serie de mecanismos supraestatales, regionales o planetarios en el ámbito de la justicia y de la legitimación de decisiones, que comienzan a ponerse por encima de ellos. Incluso desde el ámbito de la izquierda académica, la lectura del profesor Toni Negri y Michael Hardt apunta precisamente a proponer que estaríamos ante la construcción de sistemas de orden político, de dominación, de carácter supraestatal.

Si bien estamos asistiendo a la construcción de instituciones de carácter supraestatal en el ámbito de los mercados, la circulación financiera, las definiciones jurídicas de carácter planetario, esta lectura deja de lado que los procesos de privatización que se están dando en nuestros países e incluso los procesos de transnacionalización de los procesos productivos y de los recursos públicos, los han hecho, no los mercados, sino precisamente los Estados. Este enfoque no menciona que la construcción de esta nueva institucionalidad planetaria, financiera, cultural y de intercambios, tiene como célula —digámoslo así— a los propios Estados que son los que privatizan los recursos, entablan acuerdos para levantar barreras y vigilan, supervisan y legitiman localmente esas decisiones que diluyen parte de los antiguos procesos de soberanía y de control soberano que tenían.

La crisis económica, que están atravesando principalmente Europa y Estados Unidos, en los últimos dos años ha tenido como principal baluarte para sus intentos de superación justamente a los Estados. No son los mercados los que están buscando remontar las dificultades económicas en Europa, sino los Estados; en el caso de Estados Unidos, nacionalizando o estatizando bancos; en el caso de España, Grecia, Portugal, e incluso parcialmente Francia, estableciendo mecanismos de control sobre el valor

² Se hace referencia al documento *La Hora de la Igualdad. Brechas por cerrar, caminos por abrir*, presentado la CEPAL en su trigésimo tercer período de sesiones, realizado en Brasilia del 30 de mayo al 1 de junio de 2010.

de la fuerza de trabajo, la expansión de la seguridad social, la limitación y contracción de los beneficios para los mayores, para los niños y para los trabajadores. Resulta entonces que, si bien estamos asistiendo a la formación de estructuras supraestatales, éstas siguen teniendo y seguramente tendrán todavía como base y sustento durante un tiempo más, a los propios Estados, a la propia acción estatal regional y localizada, permitiendo viabilizar, legitimar y sostener esa construcción de estructuras supraestatales.

Por otra parte, están quienes desde la otra vereda, plantean que los Estados no estarían siendo modificados en sus prerrogativas y en sus capacidades, que no habrían perdido su importancia como mecanismos y maquinaria de cohesión territorial, y de hecho hablan de que el mundo sería simplemente una red de relaciones entre ellos. Esta lectura, que intenta ver o justificar que los Estados no se estarían transformando en sus funciones prerrogativas o en sus capacidades de decisión, comete el error inverso de la posición anterior —que postula que se está diluyendo su presencia— porque no toma en cuenta la intervención gradual de una serie de mecanismos que se mueven al margen de ellos.

Nosotros no podemos decidir en nuestros países el precio de nuestras materias primas; en el caso de Chile, el cobre; en el caso de Bolivia, el de los hidrocarburos, el gas o el petróleo; éstos ya no dependen de los Estados. Las fluctuaciones, desde el año 2006, de los precios de los minerales, incluso de los alimentos, no han dependido de un país o de una región, sino de una serie de mecanismos que están al margen de los Estados. La demanda de materias primas desde China o desde la India, la modificación territorial de los procesos productivos europeos y norteamericanos, los cambios tecnológicos que conllevan otro tipo de usos de las materias primas, y la creación de nuevos medios de consumo que han avivado en otras regiones cierto tipo de demanda, han creado mecanismos que no dependen de uno o más Estados, y han llevado a un incremento sustancial, así como, luego a la caída de la demanda de materias primas en los últimos años. Y eso, lo hemos tenido que vivir los gobernantes como más recursos que entraban al Estado, mayores expectativas y, al cabo de unos meses, menos recursos y menores posibilidades de satisfacer ciertas demandas de la población. América Latina y el mundo enfrentan entonces continuamente un conjunto de mecanismos que evidencian que muchas decisiones en el ámbito económico, político y jurídico no dependen ya de los Estados. La forma de la soberanía estatal en los siglos XIX y XX fue sin duda muy distinta a la que tienen hoy los Estados para definir sus propias políticas, decisiones y actividades.

Equilibrando las dos posiciones, no colocándonos ni ante la supresión del papel de los Estados, ni ante un congelamiento de la lógica soberana

de los Estados, podemos decir que estamos asistiendo a una etapa de mutación —no de extinción— de los procesos de soberanía política. Hay un creciente proceso de complejización territorial de los mecanismos de cohesión social y de legitimación, que no se restringe al ámbito territorial del Estado, sino que mueve otro tipo de resortes y de mecanismos muchas veces regionales o planetarios. Estamos asistiendo a un proceso de bidimensionalidad de la lógica política gubernativa en el ámbito mundial. Por una parte, retoma un papel importante de los Estados en los procesos de regulación de la fuerza laboral, de legitimación social, de concentración o dispersión de la propiedad y acumulación mundial, y por otra, asistimos a un creciente surgimiento de mecanismos e instituciones supraestatales que no necesariamente se mueven al compás o bajo la decisión de uno o más Estados. En síntesis, hay y habrá Estado con instituciones territoriales por mucho tiempo más, pero a la vez, existen y existirán instituciones supraterritoriales cada vez más fuertes que se involucran en los distintos ámbitos de la vida de las personas.

Con esta mirada general sobre el creciente rol del Estado en este siglo, la pregunta que uno vuelve a hacerse es: ¿en qué consiste ese Estado del que estamos hablando, que vuelve a tener importancia, que está impidiendo el crecimiento de la crisis en América Latina, al que ha apelado Obama recientemente, y también Zapatero para definir determinadas políticas públicas internas? ¿De qué hablamos cuando decimos el Estado? Al hablar de Estado, nos referimos a varias cosas simultáneamente; por una parte, por supuesto, al ámbito gubernamental del gobierno con sus instituciones e infraestructura, del poder ejecutivo con los ministerios, el poder legislativo, pero también a las fuerzas armadas (no hay Estado que no tenga un monopolio de la coerción legítima en la sociedad, a través de las fuerzas armadas y la policía). Por otra parte, hablamos de tribunales y de cárceles que permiten mantener el orden de una sociedad y establecer mecanismos de sanciones y premiaciones en el cumplimiento de los acuerdos establecidos por el orden gubernamental. Además también, nos referimos a los sistemas de enseñanza, las escuelas, las universidades, los centros de formación y de construcción cultural de las sociedades.

El Estado es, asimismo control y gestión de los recursos, es el presupuesto, el uso de los impuestos, su ampliación o reducción, y significa también acatamiento.

Para cobrar impuestos no solamente tiene que haber una estructura de cobros, sino la voluntad y el acatamiento del ciudadano para pagarlos; no puede haber un policía o un militar al lado de cada ciudadano que tenga que pagar sus impuestos, (tendríamos las ciudades militarizadas). Los ciudadanos,

mal que bien, aunque protestando pagan sus impuestos, acatan, consienten una decisión. El Estado es el acatamiento de las personas al conjunto de definiciones y actividades que establecen las instituciones fundamentales de la estructura gubernativa: poder ejecutivo, legislativo y judicial.

Pero el Estado también es el conjunto de narrativas de una sociedad, de cómo las personas construyen en su imaginario su vida, su destino colectivo, sus héroes, su trayectoria, su civismo, su patriotismo, su nacionalismo, ya sea como formación familiar, como formación educativa, como lectura, el Estado es una narrativa lógica de la sociedad, del colectivo y de la vida en común, y es también un conjunto de símbolos, disciplinas, sentidos de pertenencia territorial, obediencias cotidianas, sumisiones, olvidos, memorias y sanciones.

A partir de esa enumeración de varios dispositivos del Estado, es mejor decir entonces que el Estado es una relación paradójica. Por una parte, es materia política: oficinas, papeles, recursos, normas, procedimientos, disciplinas, castigos, instituciones, cuarteles, cárceles, universidades, ministerios y parlamentos. Ésa es la dimensión material del Estado, pero toda esa materialidad no funcionaría sin su complemento, que es la dimensión ideal del Estado. El Estado son concepciones, enseñanzas, saberes, expectativas, obediencias, acatamientos, complacencias, resistencias, todos ellos son elementos de este otro componente ideal, simbólico, cultural del Estado. La propia materialidad del Estado no podría funcionar sin su complemento obligado —no contradictorio—, que es esta dimensión ideal y que es lo que en el fondo pone en marcha la maquinabilidad del propio Estado.

Pero cuando uno escarba con mayor detenimiento al interior de las dimensiones material e ideal del Estado, se encuentra con que allí hay también jerarquías, grupos de personas con mayor capacidad de influencia en la toma de decisiones. Hay personas, grupos sociales, clases sociales que tienen menor capacidad de incidencia en la toma de decisiones. La materialidad e idealidad del Estado están distribuidas jerárquicamente. Más aún, no solamente distribuyen de distinta manera la capacidad de toma de decisiones (en esa materialidad y en esa idealidad del Estado por parte de determinados grupos, sectores y clases sociales por regiones), sino que también son esas clases sociales, esos sectores, esos grupos, sus luchas, sus intereses, sus expectativas, los que dan lugar a tal o cual institucionalidad, materialidad, expectativa, decisión, enseñanza o conocimiento.

Podemos entonces encerrar en estos tres componentes un primer acercamiento al Estado. El Estado es materia, instituciones; el Estado es idea, saberes, expectativas, enseñanzas, concepciones; y el Estado

es relación, relación jerarquizada, de fuerzas, relación en que unos grupos tienen más posibilidades que otros. Aunque todos participan de la materialidad del Estado no todos lo hacen de la misma manera, unos lo hacen en calidad de soberanos —personas que deciden— y otros en calidad de súbditos —personas que acatan, que consienten. El Estado es entonces una relación social. Nos decía tiempo atrás el viejo Marx, retomando a Hegel, que el Estado es materia, idea. Pero esta materialidad y esta idealidad resultantes de la correlación de fuerzas tienen una particularidad: su carácter monopólico. El Estado, nos recordaba Max Weber, es por definición monopolio. Es el monopolio de la violencia legítima, de la coerción —decía él— e incorporaba la palabra “legítima”. Es decir, el Estado también es monopolio de otra cosa, no solamente de la coerción, sino de la coerción legítima, es decir, de los procesos de legitimación. Y el profesor Norberto Lía nos hablaba de otro monopolio, el de la tributación de los recursos públicos. No todos pueden hacer tributar a las personas, ni todos pueden administrar los recursos públicos, el bien público, la *res pública*. El que lo hace es el Estado.

En ese sentido, el Estado es un monopolio territorial de la coerción, de la legitimación, de la tributación y de los recursos públicos, y ese ordenamiento del Estado es materia a través de instituciones, idea a través de los saberes, conocimientos y de los acatamientos a las decisiones, y ese Estado es a la vez correlación de fuerzas, jerarquización entre grupos, clases sociales, grupos de presión, sectores colectivos. Para ejemplificar esta idea (este acercamiento a la definición de Estado) podemos imaginarnos al Estado como una molécula donde cada átomo es un monopolio: el monopolio de la coerción, de la legitimación, de la tributación y de la propiedad de los recursos públicos, y donde cada átomo está a la vez compuesto de partículas elementales, para usar la figura de los físicos. La partícula elemental de cada uno de estos monopolios es materialidad, idealidad y correlación de fuerzas, por lo tanto, las partículas elementales del Estado son materialidad, idealidad y correlación de fuerzas; los átomos del Estado son monopolios y la articulación de esos monopolios y su movimiento dan lugar al Estado territorial que conocemos en Chile, Bolivia, Brasil, Estados Unidos o en cualquier otro lugar. El Estado es pues, en síntesis, una relación social, una relación de dominación, una relación de legitimación paradójica, materia e idea, idea y materia.

En mi experiencia en el gobierno, he podido comprobar que no hay nada más idealista que el Estado —aunque parezca raro— porque primero es la idea —un decreto, una decisión—, y este decreto o decisión ponen en movimiento toda una burocracia, un presupuesto, instituciones,

movilidad, recursos, compras. Pero primero fue la idea, lo más material que tiene la sociedad del Estado es a la vez lo más ideal: la idea. Un puente, una inversión pública son una idea. Primero es el verbo —dice la Biblia—, y luego deviene en materia, maquinaria, recursos, funcionarios, secretarías, directores, en administración, en una institucionalidad que se pone en movimiento.

En base a esa definición de Estado, quisiera dialogar con ustedes sobre un momento particular de la vida de los mismos Estados, que hemos denominado el de la transición. Me interesa conversar con ustedes no tanto sobre el Estado en su momento estable, sino el Estado en su momento crítico, cuando está atravesando procesos de cambio de fase o estructura, cuando está en proceso de transición.

Bolivia ha atravesado lo que podemos denominar una crisis de Estado y no simplemente una crisis de gobierno que afecta el ámbito del poder ejecutivo, de una coalición partidaria. Mi país ha atravesado una crisis de Estado, una modificación de los componentes profundos, íntimos de los tres monopolios, de las correlaciones de fuerza, de los procesos de legitimación y de los procesos de institucionalización. Por eso, hemos dado este rodeo inicial para definir al Estado.

¿Cuáles son los elementos que han coincidido históricamente o que se han articulado en estos años para hablar de una crisis de Estado, una crisis estructural, del orden, de legitimación, de coerción y de institucionalización de la vida política de la sociedad boliviana? Yo diría que son fundamentalmente tres.

Desde su formación, en 1825, Bolivia es una sociedad que ha arrastrado hasta el día de hoy, como muchas otras sociedades de América Latina, tres problemáticas, grandes fisuras o fallas estructurales. La primera es el colonialismo, la segunda, la centralidad del gobierno, la tercera, el modo de acumulación primario exportador.

Bolivia nace a la vida republicana con una inmensa mayoría de población indígena. El primer censo que se hizo aproximadamente en 1860 registra una población indígena de más del 90% de los bolivianos, pueblos indígenas de distinta identidad cultural y territorial. Sin embargo, siendo un país mayoritariamente indígena, como el resto de los países de América Latina al momento de su fundación, Bolivia se constituyó como República excluyendo a la mayoría de la toma de decisiones. La primera Constitución boliviana, vigente hasta 1952, es decir 125 años, diferenciaba al boliviano del ciudadano. El ciudadano era la persona que tenía las facultades políticas para

elegir y ser electo y quienes podían ser electos o elegir eran hispanohablantes, con un ingreso mínimo y propiedad individual, lo que dejaba de lado al 90% de los bolivianos, que tenía propiedad colectiva, comunitaria, no sabían hablar castellano, y no tenían, un ingreso mínimo promedio mensual. Bolivia nace reproduciendo un orden colonial de ciudadanos con derechos —una pequeña minoría (el 10%)— y bolivianos sin derechos políticos y jurídicos —la inmensa mayoría (el 90%). Y dentro de ese porcentaje minoritario (10%) de personas mestizas —para darles un nombre—, las mujeres estaban colocadas en situación de “indios” porque, hasta 1952, también estaban bajo la patria potestad de los varones y no podían tener propiedad sino bajo la delegación del padre, el hermano o el esposo. Esta situación era parecida en muchos países de América Latina, pero más fuerte y terrible en nuestro país donde el 90% de la población era indígena.

Esta falla colonial dio lugar a un tipo de Estado al que hemos denominado *aparente*, citando a un viejo sociólogo boliviano, René Zavaleta Mercado. Estado aparente porque no lograba articular al conjunto de la sociedad sino a un segmento de la sociedad, el de los propietarios, hispanoparlantes, mestizos, en tanto que el resto de la sociedad, el 90%, quedaba al margen de los derechos, de las garantías y de las posibilidades de ejercer ciudadanía. Un Estado aparente es un Estado que sólo representa a un pedazo y no a la totalidad de la sociedad, y así fue como se constituyó Bolivia en 1825.

En 1952 hubo una revolución muy importante, denominada la “Revolución Nacional del 52”. Esta revolución permitió dar un gran paso, ayudó a entregar tierras, propiedad a quienes no la tenían, es decir, a la inmensa masa de indígenas y campesinos, instituyó el voto universal de modo que, a partir de 1952, las mujeres pudieron votar. Pero tuvo un límite que reprodujo lo que René Zavaleta llamó la paradoja señorial: no reconoció los derechos colectivos de los pueblos indígenas. Se conquistó el voto individual universal y directo para elegir autoridades, pero no se reconoció los derechos colectivos de los pueblos indígenas que habitaban nuestro país. O sea, hubo una especie de mutación del colonialismo al interior de nuestro país. No había una legislación que excluía a los indígenas como la existente hasta 1952, pero había una estructura política cultural que los excluía *de facto* como pueblos. Los reconocía como individuos, pero no existían como pueblos, como identidades culturales fuertes.

Esta fue la primera falla estructural que hemos arrastrado hasta el inicio del siglo XXI, la falla colonial, la deuda y herida colonial, el desconocimiento de la mayoría de pueblos indígenas, de sus culturas, de su identidad colectiva y de sus derechos colectivos como indígenas.

Una segunda falla estructural del Estado boliviano fue el tema del centralismo. Cuentan los historiadores del siglo XVIII —y seguramente cosas parecidas sucedieron en el resto de nuestros países, incluso en Chile— que el gobierno era del libertador en su caballo. Eso significa que donde iba el libertador con su gente y donde acampaba, ahí estaba el gobierno concentrado alrededor del ejecutivo. Luego, eso se tradujo en que el gobierno existe allá donde están los órganos del poder ejecutivo y legislativo, mientras el resto de la población, de las regiones, de los territorios reclamaban también presencia del Estado, es decir, instituciones, recursos públicos, construcción, legitimación y desarrollo que es lo que impulsan el Estado y el gobierno. Esto dio lugar en Bolivia a un debate entre federalistas y centralistas, o al debate contemporáneo del siglo XXI más conocido —en la prensa— como el de la demanda autonómica.

La demanda autonómica es una vieja demanda que se remonta al siglo XVIII, de las regiones abandonadas que no eran tomadas en cuenta a la hora de la distribución de recursos, de la implementación del sistema de educación, de salud y de transporte, ya que tanto los recursos como las decisiones quedaban concentradas y consolidadas en un solo espacio territorial, la sede de gobierno, inicialmente Sucre y luego La Paz. Se trata evidentemente, de una demanda democrática, para desconcentrar los recursos y acercar la autoridad al ciudadano. Esta demanda de desconcentración del poder territorial desencadenó una guerra civil en Bolivia, en 1899, la Guerra Federal. Esta guerra fue gatillada por el traslado de la sede de gobierno desde la ciudad de Sucre, que queda al sur del país, hacia La Paz. Y en esa demanda de descentralización, fueron los aymaras, la nación aymara, la que intervino del lado de los federalistas y se movilizó con su gente, con su propio mando y su autoridad local en defensa de esta demanda. Como se trataba de una disputa entre regiones a cargo de mestizos y los indígenas se sumaron a un bloque, ambos (bloques de mestizos) vieron con mucho miedo que los indígenas se volvieran a unir, entonces aplastaron la rebelión indígena y restablecieron el centralismo que perduró hasta hoy. Esa vieja temática de desconcentración territorial del poder aún no se ha resuelto en varios países de América Latina y el mundo, pese a las décadas y siglos de conformación republicana. Ese es otro de los ejes, de las fallas, grietas y heridas estructurales del Estado boliviano que se heredarán hasta inicios del siglo XXI.

Y, por último, está el tercer elemento, el modo de acumulación, para usar el concepto de los economistas. Como Colonia y República, hemos sido un país productor de materias primas, inicialmente la plata, luego el estaño, el cobre, el gas, el petróleo. Bolivia se convirtió en una sociedad que hizo

girar su economía en torno a la producción de materias primas, sin lograr procesos de internacionalización de la riqueza que permitieran generar procesos de industrialización. Esto llevó a un proceso de dependencia estructural. Si solamente producimos materias primas, tenemos que importar el resto de los productos y depender de lo que producen en otros países. Está claro que las materias primas tienen menor valor agregado que un producto industrializado y, por tanto, se produce un intercambio desigual, excedentes que se van del país y mercancías que llegan al país generando siempre una balanza desequilibrada entre exportaciones e importaciones, dando lugar a una economía y un Estado débiles, con pocas capacidades de impulsar procesos de modernización y de distribución de la riqueza.

Estos tres temas, que en otros países del mundo se presentan en la vida de los pueblos de manera separada, en Bolivia se concentraron en un momento específico, dando lugar a una crisis estatal. En conversaciones con el ex embajador de Estados Unidos en Bolivia, Philip Goldberg³ —antes de que fuera expulsado por estar conspirando contra el país—, le decíamos que lo que estaba pasando en Bolivia los años 2000, 2003, 2005 y 2006 era muy parecido a lo que ocurrió en Estados Unidos, pero con un lapso de cien años. Ellos tuvieron una confrontación por la distribución territorial del poder, la llamada Guerra de Secesión de 1870 y de allí surgió un Estado Federal. El tema fue resuelto mediante una guerra que duró casi ocho años, con medio millón de muertos. En Bolivia lo estamos abordando desde el año 2000 y sin guerra. Pero no solamente eso, Estados Unidos tuvo otro problema en el siglo XX: la lucha por los derechos civiles. Hasta los años setenta, la población negra no tenía derechos, no podía entrar a las universidades, ni subirse a los mismos buses del resto de la población. Estamos hablando de Estados Unidos, la primera potencia del mundo, y tuvieron que darse, el asesinato de Martin Luther King, las movilizaciones y protestas de jóvenes, el surgimiento de guerrillas como las panteras negras, la muerte de John Kennedy y de su hermano Robert, para que el tema de los derechos civiles pudiera consolidarse en los años setenta. Estamos hablando, en el caso de Estados Unidos, de una población que no supera el 10%. En el caso de Bolivia estamos ante la misma situación, los derechos civiles de los pueblos indígenas, pero se trata del 60% de la población, y estamos intentando resolver ese tema sin magnicidios, asesinatos, ni guerrillas, sustentados en el desarrollo de la democracia dentro de nuestro Estado.

El ex embajador me decía que a esos dos procesos tan complicados que vivió Estados Unidos —desconcentración del poder con guerra civil,

³ Desde octubre de 2006, Philip Goldberg fue embajador de Estados Unidos en Bolivia y fue expulsado en septiembre de 2008, acusado de conspiración en contra del gobierno boliviano.

reconocimiento de derechos civiles con asesinatos y magnicidios— se sumó el tema del Estado de bienestar. En los años treinta, Estados Unidos construyó un Estado de bienestar, es decir, un Estado que protegía a los ancianos y a los niños, que daba salud, educación, que protegía a los obreros. Pero para que ello ocurriera tuvo que estallar la crisis de 1929 con el derrumbe de las bolsas, la ola de protestas por el desempleo, las migraciones masivas. En Bolivia estamos intentando hacer lo mismo en pequeña escala, pero sin tener que pasar por una caída de la bolsa de valores, sino buscando la forma para que el Estado proteja la vida, salud, educación, jubilación y transporte de sus ciudadanos. Lo que en Estados Unidos se dio en un período de 100 o 110 años, en Bolivia se concentró en una década. Tres temas en una década: la igualdad, la desconcentración del poder y el desarrollo.

Esto ha dado lugar a una crisis de Estado: movilizaciones, sublevaciones, varios presidentes, elecciones presidenciales. El período 2000-2006 es de mucha intensidad política en Bolivia. Entre el año 2000 y 2005 hubo cinco presidentes en medio de sublevaciones, levantamientos y movilizaciones. Pero el tema no era simplemente un cambio de presidente, de gobierno o de coalición parlamentaria para garantizar gobernabilidad, sino eran temas estructurales: los pueblos indígenas, ciudadanos de pleno derecho o no, como pueblos: ¿es posible desconcentrar el Estado para acercarlo a las regiones, a las provincias, a las localidades?, ¿es posible apostar por un modelo de desarrollo económico que le devuelva al Estado mayor capacidad de obtención de recursos para distribuir y garantizar salud, educación, transporte, servicios básicos? Son temas estructurales no resueltos durante 180 años que han sido absorbidos por la generación contemporánea, por la sociedad boliviana y que han dado lugar a esta crisis estatal compleja, complicada, densa y a este proceso de resolución gradual de estas tensiones estructurales. Sociológicamente, este momento de crisis estatal, es atractivo porque no es aburrido, es el momento donde todo pasa, es el laboratorio de la sociedad.

En el gobierno, reflexionando sociológicamente, propusimos una serie de categorías para analizar este proceso de crisis estatal de un tipo de Estado, de correlación de fuerzas, de derechos, hacia otro nuevo tipo de Estado. Quiero mencionarlas rápidamente. En primer lugar, están el concepto de empate catastrófico gramsciano y el de punto de bifurcación, entre una estructura estatal donde ciertas clases sociales, ciertas regiones, ciertos bloques de poder tienen mayores prerrogativas y mayores derechos, hacia otra estructura estatal donde se democratiza la toma de decisiones y se modifica el bloque de poder con capacidad de mando duradero. Entre ambas estructuras estatales, existe un período de transición que tiene varias etapas que Bolivia ha vivido.

Una primera es la de visibilización de las dificultades (lo que los sociólogos mencionan cuando la institucionalidad no puede canalizar las expectativas y las demandas). La sociedad expresa sus expectativas y sus demandas por fuera de las instituciones, surge la acción colectiva, surgen los movimientos sociales, el movimiento obrero, el movimiento indígena, que en Bolivia, desde hace veinte años, han sido poderosos. Lo interesante de este período —2000, 2005 y 2006—, es que el que lidera los actos de protesta de visibilización de las demandas y expectativas de derechos y de igualdad no es tanto el movimiento obrero boliviano, conocido mundialmente, sino el movimiento indígena en sus dos vertientes, agraria y urbana. El movimiento indígena no es solamente campesino, es urbano y rural, rural y urbano.

La crisis de Estado se manifiesta cuando emerge un bloque social descontento con capacidad de movilización territorial, con capacidad propositiva de un proyecto alternativo, con voluntad de poder, con apetencia, con ambición de poder, que es capaz de construir un nuevo sentido común, un conjunto de ideas que comienza a seducir al resto de la población, a convocarla. Eso sucedió desde el año 2000 con el movimiento indígena —secundado por el movimiento urbano popular y luego obrero— que comienza a construir una capacidad de movilización, una propuesta de poder y un sentido común distinto que se traduce en nacionalización de las empresas privatizadas, asamblea constituyente e industrialización de los recursos naturales.

No se trató de proyectos que emergieron de los partidos políticos de izquierda pues estaban muy debilitados, y menos de la derecha o de centro, muy concentrados en los procesos de privatización y de gobernabilidad del país. Este programa emergió de los sindicatos, sindicatos agrarios, juntas de vecinos, asociaciones vecinales, sindicatos obreros, que en la movilización fueron construyendo un ideario colectivo. Cuando ese ideario colectivo, sumado a la capacidad de movilización, tiene la capacidad de irradiarse, de atraer a otros sectores sociales y cuando el Estado existente no tiene la capacidad de preservar su monopolio de legitimidad, sus ideas-fuerza que atraigan y cohesionen a la sociedad, surge el empate catastrófico. Es una categoría gramsciana, Lenin la usó como doble poder pues él lo hacía fundamentalmente en el ámbito de capacidad de coerción. La idea de Gramsci de empate catastrófico está referida a las ideas-fuerza y a la capacidad de atracción de la sociedad. Es lo que sucede en Bolivia entre el año 2000 y 2005.

El 2005 se da un acontecimiento extraordinario en Bolivia: el Presidente Evo, un dirigente sindical, indígena, campesino, articula a la sociedad, no

solamente al mundo indígena, sino al mundo urbano, profesional, mestizo, a los sectores empresariales y logra una contundente victoria en las elecciones de diciembre. En Bolivia los gobernantes estaban acostumbrados a obtener entre el 21% y 28% de la votación. Habíamos vivido 20 años de democracia, con gobiernos electos con esos porcentajes de la votación. El Presidente Evo logró una votación del 54%, dando lugar a una inversión simbólica —yo diría la más importante de Bolivia—, porque hasta entonces el destino de un indígena en Bolivia era ser campesino, albañil, cargador o tal vez obrero. Ese era el destino y el horizonte ineluctable de cualquier indígena en Bolivia. Ser presidente, parlamentario, ministro, constituyente era algo impensable en el orden lógico de la mentalidad colonial de gobernantes y de gobernados, porque el colonialismo también está presente en los propios gobernados. La victoria del Presidente Evo es una de las revoluciones simbólicas y luego materiales más importantes de nuestra historia, porque un indígena, de quien se esperaba que pudiera llegar a ser solamente obrero, albañil o campesino se convierte en la primera persona del país y del Estado.

A raíz de esta transformación y revolución cultural-simbólica de la sociedad empiezan a darse un conjunto de transformaciones al interior del Estado. El Presidente Evo tenía dos opciones, la sudafricana o la boliviana. La opción sudafricana —con el debido respeto—, consiste en mantener el orden, la estructura de poder intacta, modificando los derechos políticos. No se toca la estructura de poder, sólo la estructura de gobierno. Y lo que hizo el Presidente Evo fue optar por transformar la estructura de poder tanto económica como cultural, política y social de Bolivia. Estaba claro que eso iba a generar muchas resistencias. El antiguo bloque de poder iba a resistirse a esta decisión de transformar los privilegios, prerrogativas y capacidad de decisión.

Y entonces sociológicamente viene lo que hemos denominado el punto de bifurcación o el momento “robesperiano” de todo cambio de Estado. Es el momento de fuerza. No hay momento de fuerza cuando las transformaciones entre élites políticas surgen por coalición y acuerdos internos. Pero cuando otra clase social se incorpora al ámbito de decisión ejecutiva del Estado, surge una crisis estructural, se produce una tensión, un momento de fuerza y de confrontación. Este momento o punto de bifurcación se dio en Bolivia fundamentalmente el año 2008, cuando algunos sectores se resistieron a esa transformación y optaron por la conspiración y un golpe de Estado. Surgieron tendencias separatistas en la sociedad boliviana. Fundamentalmente sectores oligárquicos vinculados a la tierra, a las haciendas, en el oriente del país, intentaron revocar al Presidente Evo

Morales. En las elecciones por el referéndum revocatorio del 2008, en lugar de 54% del 2005, el Presidente sacó 67% de la votación. Durante 15 días, cuatro regiones de Bolivia estuvieron incomunicadas, es decir, no podía ir una autoridad de gobierno, ni el Presidente, ni el Vicepresidente, ni los ministros. Fueron ocupados los aeropuertos, medios de comunicación, centros de abastecimiento, las oficinas públicas fueron quemadas y saqueadas. Entonces el gobierno tuvo que actuar con mucha frialdad, con mucha paciencia, esperando que internamente se deslegitimara esta acción subversiva y antidemocrática, para gradualmente ir retomando el control de las regiones, lo que sucedió en el mes de septiembre con un pacto político que abre paso a la aprobación de la nueva Constitución en el Congreso.

Esta posibilidad entre un retroceso al viejo orden de poder o la continuidad y estabilización del nuevo poder es un punto de bifurcación. El orden a partir del caos. Puede ser un orden conservador o un orden revolucionario, pero orden duradero a largo plazo.

Eso sucedió en septiembre de 2008. En enero de 2009 se aprueba la nueva Constitución y en diciembre de ese año el Presidente vuelve a ser electo con el 64% de la votación. Creemos que el proceso estatal se ha ido estabilizando, ha pasado el tiempo de la transición del Estado y ahora entramos en la construcción gradual de la nueva institucionalidad estatal, resolviendo los tres ejes fundamentales en el ámbito de los derechos indígenas, el concepto de plurinacionalidad.

A partir del concepto de nación de las Naciones Unidas se trabaja el concepto de plurinacionalidad. Bolivia es una nación estatal en cuyo interior hay 36 naciones culturales, aymaras, quechuas, guaraníes, urus, chiquitanos y muchas otras. Una sola nación estatal —Bolivia— en cuyo interior conviven naciones culturales, identidades nacionales indígenas, reconocidas en sus derechos colectivos, en su identidad, en su historia, en su propia institucionalidad, pero todas en el marco de la nación estatal boliviana. Es decir, como todas las personas —poseedoras de varias identidades—, hay una identidad fuerte nacional estatal boliviana y una identidad regional nacional, nación cultural, en el sentido que establece las Naciones Unidas.

En el fondo, es un tema de igualdad. Como decía el recientemente fallecido Saramago, todos los grandes procesos en el mundo han sido promovidos por la búsqueda de la igualdad: igualdad para que un mestizo y un indígena puedan tener los mismos derechos, para que puedan ser Presidente o Vicepresidente, parlamentario o albañil, campesino u obrero, sin que el color de la piel, el idioma o el apellido sean un mecanismo para tener por derecho acceso a algún cargo o mecanismo de mando.

Ese es el concepto de Estado plurinacional, es decir, la resolución de la falla colonial heredada hace 180 años, la discriminación del mundo mayoritario indígena.

Hoy nos sentimos muy orgullosos de reivindicar esta dimensión igualitaria de nuestro país: un Presidente indígena, un Vicepresidente mestizo, una Presidenta de la Asamblea Constituyente indígena, un Ministro de Economía mestizo, reconocido por su trabajo en la CEPAL, una Ministra de Producción campesina u obrera, al lado de un profesional graduado en Harvard como Presidente del Banco Central, compartiendo en igualdad, con las mismas oportunidades de acceso a los cargos públicos y a las instancias de poder.

Una segunda característica del Estado boliviano es su carácter autonómico. La Constitución y una ley o futura ley que va a ser promulgada dentro de un máximo de tres semanas⁴ está desconcentrando territorialmente el poder. Se han creado cuatro niveles de gobierno regional: el gobierno nacional o plurinacional con sus facultades y sus prerrogativas decisivas, el gobierno departamental, el gobierno regional y el gobierno municipal. Y paralelamente al municipal, están los gobiernos indígenas. Son cuatro niveles complejos de gobierno: departamental, regional, municipal e indígena. Su estructura es compleja, pero establece estos mecanismos de desconcentración territorial del poder, de recursos, de prerrogativas y de funciones gubernativas.

Cada departamento tiene ahora su gobernador electo. Bolivia tiene nueve departamentos, nueve gobernadores electos por la población local, nueve parlamentos regionales con competencias legislativas sobre determinadas áreas de la actividad estatal. El gobierno municipal con lo suyo y el gobierno indígena con sus formas de elección interna y también con las competencias que el gobierno indígena decida voluntariamente asumir. No cabe duda que es un tema complicado. España ha tardado 30 años y aún no ha resuelto completamente el tema económico. Bolivia empieza a dar pasos en ese sentido.

El tercer tema que comenzamos a resolver en Bolivia es el del modelo de desarrollo. Somos un gobierno de carácter popular y de izquierda, pero no por eso tenemos que ser desalineados en el tema económico. En Bolivia —y me imagino que también en otros lugares— se asocia a un gobierno de izquierda con un gobierno poco prolijo en la economía, pero no necesariamente eso tiene que ser cierto. Quiero darles unos datos para

⁴ Ley Marco de Autonomías y Descentralización, promulgada el 19 de julio de 2010.

que vean cómo asumimos el tema de la economía. El año 2005 recibimos un país que tenía un Producto Interno Bruto (PIB) de 9 mil millones de dólares y hoy alcanza los 17 mil millones de dólares, es decir, lo hemos casi duplicado. Recibimos un país que tenía una tasa de inflación promedio en los últimos 20 años del 36%, ahora la tasa de inflación promedio se mueve en torno al 4% y en el último año (2009) ha sido del 0.26%. Recibimos un país que exportaba gas, petróleo, minerales, productos agrícolas por 2.700 millones dólares. El año pasado exportamos 5.300 millones dólares y estamos seguros que el 2010 vamos rebasar los 6 o 7 mil millones de dólares, monto que es casi el triple de las exportaciones de hace cuatro años. Recibimos un país con cifras negativas en inversión extranjera, había huida de capital extranjero, 291 millones de dólares (el 2005). En 2009 la inversión extranjera directa neta alcanzó los 508 millones y quisiéramos que se incremente en las áreas que el gobierno ha definido propias para la inversión extranjera.

Cuando llegamos al gobierno, nuestro país tenía las reservas internacionales más bajas del continente, equivalentes a 1.700 millones de dólares. Hoy alcanzan los 8.500 millones de dólares, y los ahorros de los prestamistas en el sistema financiero han pasado de 2.000 a 8.000 millones de dólares. Tenemos, pues, un sistema financiero estable, sólido y un buen nivel de reservas internacionales. Somos un país que jamás había tenido un superávit. Dicen los economistas que un superávit es lo que queda después de que uno gasta de lo que tiene; si gasta más de lo que tiene, entra en déficit. Bolivia nunca había tenido superávit en su historia económica, siempre había gastado más de lo que tenía, de lo que recibía. En estos cuatro años de gestión, somos los primeros (el primer gobierno), en cien años, en tener superávit, gastamos menos de lo que recibimos. A veces se habla de que los gobiernos populistas despilfarran el dinero y lo gastan en todo. Al fin estamos enseñando a los neoliberales de nuestro país que sabemos cuidar mejor el dinero invertido, bastante mejor, porque tenemos más dinero también.

En cuatro años hemos triplicado la inversión pública y estamos mejorando la inversión extranjera directa. No es suficiente, es poco comparado con Chile o Perú, pero evidentemente estamos buscando crear mecanismos para que las cifras sigan subiendo —en el caso de la inversión extranjera la cifra estaba literalmente caída, y ahora la estamos levantando. Pero en tanto el Estado asume un protagonismo en la economía, hemos triplicado y en los siguientes cuatro años queremos multiplicar casi por diez la inversión estatal en áreas específicas como los hidrocarburos, que es donde hay más excedente económico y más rentabilidad para cualquier

inversión; en minería, donde hay inversión privada y el Estado entrará en algunos sectores muy específicos, especialmente en el litio que es un rubro que nos interesa trabajar con inversión extranjera para su industrialización, y lo mismo con el hierro hasta su industrialización; la energía eléctrica, carreteras, servicios y distribución de la riqueza.

En estos cuatro años, la extrema pobreza en Bolivia ha caído 8 puntos. Aún tenemos el mayor índice de pobreza en el continente y quisiéramos, hacia el 2015, pasar del 31% actual a un índice menor, entre 10% y 15%. Estamos llevando adelante procesos de distribución de recursos a los sectores más vulnerables; a los niños, les estamos entregando recursos económicos al finalizar el año, como recompensa a su estabilidad y permanencia escolar. Buscamos especialmente garantizar la permanencia escolar de los niños que viven en las áreas rurales. Hemos erradicado el analfabetismo en cuatro años.

Hemos creado una renta universal para las personas a partir de los sesenta años que mensualmente reciben una pequeña, pero importante remuneración para aportar a su familia, sean o no personas que tengan su propia renta como asalariados.

Hemos generado un mecanismo de apoyo económico a las madres gestantes hasta que sus hijos (as) alcancen dos años. Toda madre gestante recibe un ingreso económico cada vez que se va a realizar su control médico, además otro monto por su primer control post parto y una vez que nace el niño o la niña cuando va a su control, cada dos meses, se le entrega una remuneración económica para su alimentación hasta que cumpla dos años.

Eso es para toda la gente, pero es una ayuda más importante para las personas que viven en barrios populares y en el campo.

Si se fijan, nuestro proceso le otorga importancia al Estado, pero no una importancia asfixiante. En el ámbito hidrocarburífero convivimos con British Petroleum, con Repsol, pero en condiciones que nos favorecen. Antes de que llegáramos al gobierno, el *government take* llegaba al 28% o 30%, es decir, del total de la rentabilidad, el 30% quedaba en manos del Estado. Ahora el *government take* petrolero en Bolivia se mueve entre el 65% y el 70%. Es duro, evidentemente, pero sigue siendo un negocio rentable con los buenos precios del gas y del petróleo. Las empresas no se han ido, siguen invirtiendo, se han portado un poco escurridizas, pero el gas y el petróleo siguen siendo un buen negocio. Lo importante es que la mayor rentabilidad queda en manos del Estado, para que este provea a los niños, a los ancianos, a las embarazadas y lleve adelante procesos de industrialización.

Hemos definido en nuestra Constitución un régimen económico plural: hay espacio para la inversión privada extranjera y la inversión privada local; hay espacio para el Estado, para las comunidades, para la pequeña producción. Bolivia es un país de pequeños productores, artesanos, microempresarios que nunca antes eran tomados en cuenta en los créditos y en el apoyo estatal. Nuestro modelo de desarrollo y crecimiento se asienta en el Estado, éste ocupa áreas estratégicas de mayor ingreso y de mayor excedente económico —hidrocarburos, energía, algo de minería—, transfiere esos recursos y luego redistribuye socialmente una parte, y la mayor parte la transfiere para incentivar actividades productivas privadas, agrarias y comunitarias.

Estamos imaginando un modelo de desarrollo plural donde la comunidad indígena pueda tener agua potable, salud, educación, una ambulancia, su carretera, su Internet, sus computadoras, siendo comunidad campesina, siendo comunidad indígena, y que lleve adelante sus actividades productivas en función a sus saberes, pero que el Estado le pueda proveer tecnología, mercado y servicios para que pueda vivir en el campo o en un barrio, sin dejar de satisfacer sus necesidades básicas. No imaginamos un Estado que lo ocupe todo, sino uno con presencia en niveles estratégicos en la generación de riquezas. Imaginamos un proceso de mejoramiento hacia arriba, no hacia abajo. No se socializa la pobreza, lo que sí se puede socializar es la riqueza. Hay que producir más para distribuir más. Hay que generar más empleo, más producción, más industrias. Recogiendo las necesidades contemporáneas, no nos hemos aislado del mundo, exportamos para el mundo, pero a la vez fomentamos el mercado interno.

El año pasado —la CEPAL es testigo—, somos el país que ha tenido el mayor crecimiento en el continente, con un 3.5%. Eso se consiguió manteniendo la apertura a los mercados externos, pero también fomentando el mercado interno. La distribución de recursos al interior de la sociedad no es solamente asistencialismo, es un derecho, y genera también mayor demanda interna. Fue la demanda interna de nuestro país la que nos permitió la mitad de ese crecimiento. De los 3.5%, casi un 2% corresponde a la demanda interna y el otro 1.5% o 1.8% a los mercados externos.

Somos un país que mira al mundo, pero que a la vez mira internamente; somos un país que potencia el Estado en áreas estratégicas, que hace acuerdos con empresas extranjeras para producir en función de las necesidades de Bolivia, un país de mercados, de oportunidades, pero donde parte del excedente económico se reinvierte internamente. Imaginamos procesos de industrialización de nuestras materias primas, pero de una industrialización que proteja el medio ambiente, que tome en cuenta las expectativas

ambientalistas de nuestra cultura, de nuestra población y de nuestros compromisos con el mundo. Es más costoso, pero a la vez es necesario, y a la larga va ser mucho menos costoso por el beneficio que trae a la población. Eso es lo que estamos haciendo y si le hemos puesto la palabra “socialismo” es porque eso lo están haciendo los movimientos sociales, porque esta idea de desarrollo plural, de igualdad, de desconcentración del poder, la impulsan y despliegan los movimientos sociales. Esta idea de un Estado fuerte pero articulado al mundo, de industrialización y de comunitarismo, la están llevando adelante los movimientos sociales, son decisiones que se toman no solamente en el gobierno, sino en coordinación con las organizaciones sociales.

Para finalizar, es esta idea gramsciana de que algún día el Estado sea menos monopolio y más gestión, que la toma de decisiones se vaya socializando cada vez más, es una contradicción, sociológicamente hablando. El Estado es monopolio, los movimientos sociales son democratización de decisiones. ¿Cómo entender un Estado de los movimientos sociales? Es una contradicción, pero la contradicción es para vivirla, para desarrollarla, para desplegarla, para profundizarla. Existe la tentación de crear un nuevo monopolio y una nueva élite, tentación en la que habrían caído otros países; en nuestro caso hay un fuerte apego a que eso no suceda, a que los movimientos sociales, como escenarios sociales de toma de decisiones, sigan participando en la toma de decisiones del país y que el Estado sea cada vez menos coerción y cada vez más gestión. Esa era la idea de Gramsci de socialismo como horizonte de aquí a cien o doscientos años, desplegando las potencias comunitarias que tiene nuestra sociedad en la propiedad de los recursos, en la distribución de los recursos, en la asociatividad de los trabajadores, a la vez recogiendo y vinculándonos a los procesos de modernidad en el continente y en el mundo. Es una apuesta complicada, pero que recoge —quizás eso es lo fundamental de nuestra experiencia— lo que somos: un país de indígenas, un país de comunidades, un país agrario, un país urbano, un país vinculado al mundo con fuertes limitaciones locales. Somos un país con una diversidad social amplia, con materias primas. Y tenemos que diseñar el destino de Bolivia sin imitar a nadie, quizás esto es lo más importante. No nos interesa imitar a nadie, no hay un modelo que seguir porque ningún otro país ha tenido lo que tiene Bolivia, con sus limitaciones. Esta diversidad de pueblos indígenas no existe en América Latina. Tenemos entonces que inventar las respuestas para los principios de igualdad, equilibrio y equidad. Esta fuerte presencia rural y este fuerte comunitarismo al interior de la vida agraria tampoco son muy fuertes en otros países de América Latina; quizás Guatemala y México, en sus zonas del sur, pueden tener algo parecido, pero en Bolivia no es

un sector marginal, es el 50% de la población que vive bajo estructuras comunitarias. ¿Cómo se construye modernidad desde las comunidades?, es algo que nosotros tenemos que inventar, producir bajo el principio de igualdad, de equidad, de justicia, y construir modernidad. Todos quieren servicios de salud, educación, transporte, telefonía, Internet. ¿Se puede ser indígena con Internet? Sí. ¿Se puede ser indígena y hablar en aymara, en quechua y estar vinculado al proceso del mercado mundial? Por supuesto que sí, hay muchos que lo hacen. Es decir, estamos intentando crear una modernidad a partir de nuestras propias potencias y construir una sociedad más igualitaria, más equilibrada a partir de nuestra propia cultura y de nuestros recursos comunitarios. Muchas gracias.

Autores

José Ángel Gurría Treviño • Economista y político mexicano. Secretario General de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE).

José Miguel Insulza Salinas • Abogado, académico, investigador y político chileno. Secretario General de la Organización de Estados Americanos (OEA).

Aldo Ferrer • Economista, político y diplomático argentino. Embajador de la República Argentina en Francia.

Maria da Conceição Tavares • Economista y académica brasileña. A lo largo de 60 años ha formado generaciones de economistas y líderes políticos brasileños.

Álvaro García Linera • Matemático y autodidacta en ciencias sociales y ciencias políticas. Vicepresidente del Estado Plurinacional de Bolivia.

